

había sistema general de exámenes de curso, ni notas de calificación; que aquel solía probarse con la simple certificación del catedrático escrita por el mismo discípulo; que la inasistencia, la desaplicación y la rudeza vencían, en no pocas ocasiones, con facilidad los escrúpulos del maestro, juez único y naturalmente compasivo, mediante los empeños y gestiones del interesado, sus deudos y amigos, todo lo eficaces que eran menester para rendir la voluntad de un solo hombre.

Los que en tan malas condiciones siguieron una carrera literaria de las tres que se decían *de pane lucrando*, ven ahora la remuneración, ascensos y derechos pasivos del profesorado; la ventajosa situación de los liceos; el mejoramiento de las obras de texto de las bibliotecas, gabinetes y museos; los exámenes, que se repiten al mediar el curso, á su fin y extraordinariamente; los premios y estímulos con que cuentan los catedráticos y los alumnos que sobresalen; la multiplicación de escuelas elementales, completas, de párvulos, de adultos, de regimiento, de taller, las dominicales, normales, especiales, preparatorias y de ampliación, así como los Institutos de segunda enseñanza en todas las provincias: los que, jóvenes asistieron á aquello, y examinan esto en la edad madura, pueden juzgar imparciales, lo que va de tiempos á tiempos, y los pasos gigantescos que se han dado hácia la mejora de la enseñanza, y muy especialmente propagándola por todos los rincones y á todas las clases. Aun nos falta mucho que andar; pero en camino vamos.

Tres argumentos nos presentarán aquí los *loadores del tiempo pasado*: que hubo entonces hombres tan eminentes como ahora en las ciencias y profesiones: que son costosas las carreras y están desheredados de ellas los pobres, y que con los sistemas modernos confundimos á la juventud escolar, hacinando enseñanzas, que no puede abarcar ni digerir. Es de alta importancia responder á estas objeciones, que frecuentemente oímos en boca de personas respetables. Conviene rectificar las opiniones extraviadas sobre puntos de tan inmensa trascendencia. El interés social demanda asimismo que alentemos á los poderes públicos en la marcha emprendida, positivamente útil, á fin de que no vacile ante reparos equivocados, ni retroceda ante los engañosos y sofisticos, que puedan presentarse so color de prudente reserva.

Que siempre hubo sabios y personas de grande ciencia, es un hecho cierto; pero deducir de él que el método actual de enseñanza no es mejor que los anteriores, equivale á pretender que los métodos son indiferentes, que los planes no influyen, que no debemos ocuparnos de los medios de instrucción; y esto, por tender á probar demasiado, es un absurdo que nada prueba.

Las eminencias del tiempo pasado no se formaron en las aulas públicas: estudiaron, como decía Jovellanos de sí mismo, en la universidad de sus libros: que la eficacia de los planes, con ser tanta, no alcanza á matar el ingenio en quien lo tiene. Facilita, sin embargo, á las capacidades medianas que lleguen á adelantar, y á los genios mismos les da nueva potencia, que los desarrolla y engrandece. Suponer que se puede estudiar historia natural, astronomía, física, química y medicina, lo mismo sin buenos gabinetes, museos, instrumentos y salas de disección, que como con ellos: que es indiferente dejar al alumno á su conciencia, ó exigirle pruebas de lo que estudia y comprende: que importa poco el catar las disposiciones de los niños, antes de dedicarlos casual ó caprichosamente á una carrera literaria: que no mejoran el profesorado las oposiciones, los sueldos decorosos y las recompensas: que con el Guevara y el Roselli se aprende filosofía tan bien como con Laromiguier, Servant, Beauvais y Balmes, fuera el colmo de la sinrazón, ó un aferramiento terco y repugnante.

Con nuestros medios, aquellos sobresalientes ingenios habrían descollado aun más. Porque los aventajamos hoy en elementos instructivos, pasan por tan ilustrados como ellos muchos que á su lado hubieran sido pigmeos.

Que cuesta más ahora el seguir una carrera literaria y no está al alcance de todos. Concedido; pero es preciso analizar el hecho, para descubrir lógicamente lo que tiene de perjudicial, y si es mayor la parte provechosa. Comencemos por asentar que todo se ha encarecido, porque el dinero vale menos. Sin embargo, la enseñanza primaria y aun la secundaria son menos gravosas ahora que antes. La primera educación se da gratis á los que carecen de recursos, y hasta se les suministran libros, papel, tinta y plumas. Las retribuciones de los niños, que pueden darlas, no son más crecidas que las que antes pagaban pobres y ricos. La segunda enseñanza, establecida en todas las capitales, y en algunos pueblos subalternos, se ha acercado al domicilio de los padres de familia, que tienen menos dificultad en establecer á sus hijos en modestos pupitajes.

Se han abierto nuevos caminos á la medianía y estrechez de fortuna con las breves carreras de maestros de obras, aparejadores, agrimensores, peritos agrónomos, ayudantes de obras públicas, telegrafistas, etc. Queda, en efecto, más costosa la carrera de universidades, pero nótese estas circunstancias.

Los sobresalientes, gracias al mayor culto que hoy se da al mérito, pueden optar á ganarse por oposición los derechos de grados académicos.

(Se continuará.)

Uffa el Mudo.

I.

Veremundo ha encanecido: está viejo, y cansado de las fatigas de la guerra: está ciego y aun lleva sobre sus hombros la púrpura del regio manto. Los escaldas pulsan sus arpas en torno de él, y cuando en sus cantos recuerdan los pasados tiempos, el corazón del anciano se conmueve regocijado, y su pupila cobra su perdida luz en las profundidades de su espíritu.

El rey de Sajonia, astuto y altanero, envía un mensajero á Veremundo, y le pregunta si, estando ciego, puede reinar. Penetra el heraldo en la régia cámara y avanza hasta los pies del trono, en donde, sentado está el rey, con su cetro y su corona, y apoyando la frente sobre la mano.

— ¡Salud á tí, anciano rey de Dinamarca! Sverting me envía á tu presencia, y te pregunta: ¿es conveniente que un viejo débil languidezca y suspire bajo el peso de la real corona? ¿está bien que un rey no lo sea más que en el nombre? Mi señor te ruega abandones el trono, cuyo esplendor no puedes ya sostener; pero si en tu orgullo te obstinas en conservarlo, marche tu hijo contra el suyo y sea la corona de aquel que consiga la victoria.

II.

El hijo de Veremundo se llama Uffa. Es mudo, y su impotencia causa las amarguras de su padre. A las palabras del mensajero queda tranquilo y sin movimiento, cruzados los brazos sobre el pecho. Su mano es fuerte; pero jamás empuñó la espada al decidirse la gloria en los combates.

— ¡Que yo tenga que oír impunemente estas palabras! gritó Veremundo, quemando ardiente lágrima su megilla. Antes yo marchaba alegremente á los campos de la lucha; pero mis ojos han sido privados de la luz, y mis miembros de su fuerza. Endeble y laso ¿habré de soportar el orgullo de mis enemigos? Bien sabe el pérfido Sverting que me encuentro sin defensa, porque mi hijo, ¡ah desgracia! es mudo. ¡Oh Salvador Odin, asísteme desde lo alto de tus celestes alcázares; dá bríos al brazo débil, así como inflammas mi corazón nunca viejo! y tú, ¡oh! mensajero, lleva á tu amo esta respuesta: ve y dile, que iré yo mismo al campo de batalla: mortal será el combate y ¡vergüenza y baldón para el que ceda!

— Señor, contéstale el heraldo, ¿querrá el valeroso Sverting pelear con un anciano ciego y encorvado? Fácil le sería la victoria. Envíale tu heredero, hostígalo á la batalla, que empuñe el duro hierro, antes de probar á manejar el cetro.

III.

Los cortesanos y los guerreros reunidos al rededor del rey llevan su mano á la empuñadura de sus espadas y miran en silencio al hijo de Veremundo.

— Odin, exclaman, protegias en otros tiempos nuestro país y sostenía gloriosamente nuestro honor; mas este desgraciado príncipe ¿se sabrá defender contra sus enemigos?

Entre tanto que en Uffa se fijan sus miradas, roja púrpura enciende las megillas del mancebo; sus labios se entreabren, y su lengua habla por la vez primera.

— Sverting expiará el desden con que nos trata. Su hijo no romperá mi lanza; pero si quiere regocijar mi corazón, no venga solo: traiga consigo al mejor de sus guerreros, y á mis pies correrá la sangre de los dos.

Los espectadores quedan estupefactos de admiración oyendo la voz del príncipe taciturno. Jamás desde su infancia había podido pronunciar palabra, y hé aquí que su acento demuestra la bravura de un corazón de la raza de los héroes. El sajón sonríe desdeñoso, y se mofa de las palabras del mancebo; mas su voz alegra la morada de Veremundo. Aquel, á quien con dolor contemplaban guerreros y cortesanos, luchar quiere con dos: despertó de su sueño, y él solo defenderá el trono de sus mayores.

IV.

El heraldo se aleja con su séquito del palacio del rey de Dinamarca. Veremundo en tanto no puede reprimir su alegría.

— A tí, exclamaba, á tí que acabas de mostrar tu valentía, á tí que pones fin al dolor de Veremundo, á tí, que quieres pelear solo contra dos de los más fuertes, mi escalda te cantará. Mi desgraciado hijo, mudo de nacimiento, maltratado por la suerte, y que no puede vengar á su padre, vivirá bajo tu amparo y protección. Pero tú, que respondiste á las amenazas de Sverting, tú heredarás el trono de Veremundo, tú llevarás la corona de oro y el regio manto de púrpura.

Hablando así el anciano, el corazón de todos latía vivamente conmovido.

— ¡Ah! decían, el pobre ciego ignora lo que su hijo ha hecho. Cree que es otro el que habló soberbiamente; pero nosotros calmaremos su paternal dolor, alivié-

mosle con una palabra dulce de consuelo. Y en voz alta gritaban:

— Señor, el que acabais de oír es vuestro hijo: habla y tiene robusto brazo y ánimo entero y sostendrá los derechos de su padre. Solo él contestará de ese modo; y el fuego, que se escapa de su pupila, atestigüa que sabrá hacer lo que ha ofrecido.

V.

El anciano llora, siente enflaquecer sus rodillas, tiemblan sus labios, eleva al cielo sus manos y dice:

— Basta de engaños; y si es que no estais cruelmente ligados con mis enemigos, aproximadme al que habló, y conozca yo al menos si es verdad lo que me decís.

Ya tiene delante, robusto y fuerte, al hijo de corazón animoso ante cuya voz enmudecen todas las demás voces; avanza hasta las gradas del trono; pálpalo el padre con afanosa codicia, y llora y grita:

— Sí, es mi hijo y es mi sangre. Pero ¿por qué, hijo mio, por qué desde tu infancia tu voz no articuló palabra, viviendo silencioso y mudo?

— Padre mio, responde el príncipe, solo las amenazas de tus enemigos pudieron desatar mi lengua. Mientras tú regias el imperio temido y valeroso ¿á qué mi voz? Mas ahora la palabra debe sostener la mano que va á blandir la espada. Vosotros, valientes guerreros, traedme una armadura, el limpio casco y la tajante espada. Pronto el hambre de los buitres se saciará en los despojos de mis contrarios; conocerán la cólera de Uffa y se bañarán en sangre de Sverting.

— Mas ¿por qué, replica el viejo, tu temeridad en provocar á la liza á dos guerreros sajones? ¡Ay! ¡si la sangre de los dos no fuese derramada!... Moriría, hijo mio, al verte vencido.

— Era preciso lavar la afrenta que se te había hecho: era preciso que uno solo combatiese contra dos. Uffa sostendrá el combate, y del contrario será la ignominia y la muerte.

VI.

Ya está en la cámara del rey la espléndida armadura, ya se la coloca sobre el pecho; ya se la sujeta por la espalda. Mas las hebillas saltan; se quebranta el recio peto; y es que el ancho pecho del mancebo, al dilatarse, no puede resistir la férrea cárcel, débil para su esfuerzo.

Nueva, doble armadura cubre el cuerpo del príncipe, mas al primer movimiento, rómpese como hoja de estaño. Y el rey que escucha el estrépito, y sabe lo que acontece, envía á buscar otra mejor templada. Pero cuando conoce que no hay cota bastante resistente para aguantar los bríos del generoso jóven, llama afligido á su escudero y le dice:

— Ve á mi armario, toma mi mejor coraza, mi casco de plata con su plumaje de encina y mi escudo cincelado; dálos á este mancebo, y si se rompen todo está perdido.

En breve las brillantes piezas son conducidas al aposento del monarca. Sobre la plancha de oro de que está formada la coraza, brillan los robustos clavos de acero, y las espesas hebillas de plata. En su centro se esculpió la imagen de Asathor, sentado sobre su carro y mirando la tierra desde las doradas nubes, y que empuñando en la mano su martillo, y el fuerte ceñidor en la cintura, inflama el valor de los héroes al lanzarse al tumulto del combate.

También de oro macizo era el convexo casco, sobre el cual flotaba, aunque pausado, el plumaje esbelto de hojas de encina. Iduna mostraba en él sus preciosos frutos, el fruto vivificador, don de inmortalidad, que madura en el jardín de los asas, y cuyo sabor es dulce como el perfume más delicado. En cuanto el escudo, ancho, redondo y esculpido con arte, era la riqueza de un señor poderoso, y estaba hecho para un guerrero de sangre y corazón de héroe.

Largo tiempo habían reposado estas armas en oscuros salones; mas ahora brillaban nuevamente á la luz del día. Uffa las toma, y todos los espectadores observan al mancebo con temor y alegría al mismo tiempo. Ven con júbilo que la armadura se adapta cómodamente sobre su pecho, y sobre su cabeza el casco, bajo cuyo círculo de oro, caen los rubios cabellos. Pero cuando el príncipe vuelve á ensayar los rígidos movimientos, y ensancha su pecho la fatiga y el respirar anheloso, la cota salta, abriéndose por un flanco.

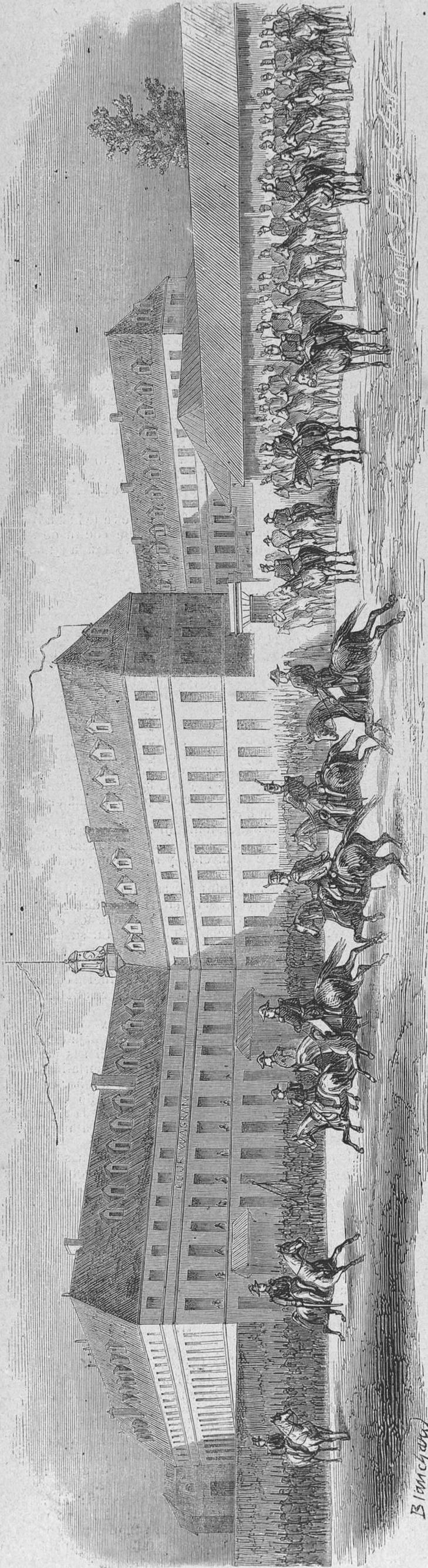
VII.

Veremundo escucha el ruido del oro y del acero que se rompen, y un grito de dolor retumba por la elevada bóveda de la cámara. En su reino mejor coraza no había: la duda llenó todos los corazones, y nadie aconsejaba el partido que se debía seguir. Solo Uffa grita:

— No haya temor; preciso será confiarlo todo á la fortuna. Llámese al mejor armero; componga aquí, remiende allí é irá al combate con estas armas: el valor de mi pecho suplirá sus desperfectos.

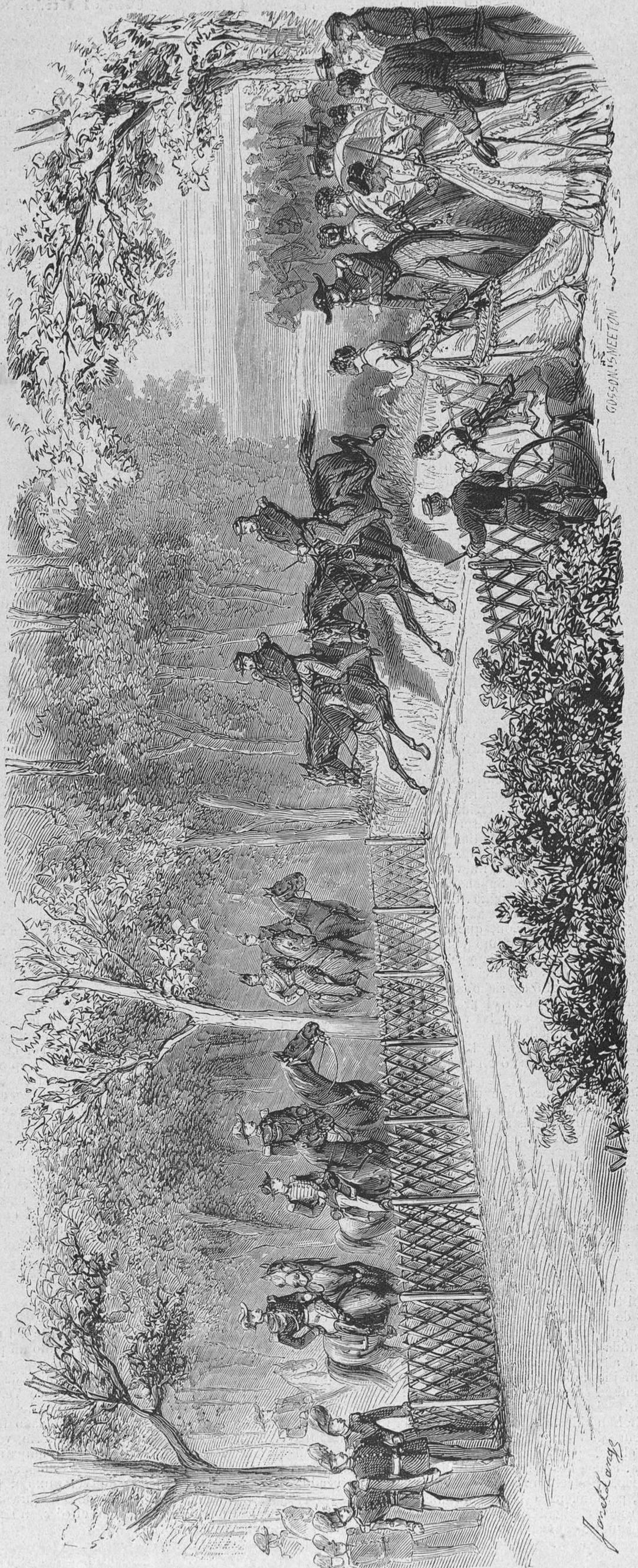
Cumplido es al momento su mandato: el armero llega con sus tenazas y su martillo: el hierro resuena sobre el oro y el golpe sobre el yunque, y las bóvedas del alcázar se estremecen. Mas faltaba la prueba de la espada.

De rica empuñadura y aceradas hojas cien se le tra-



Blanchard

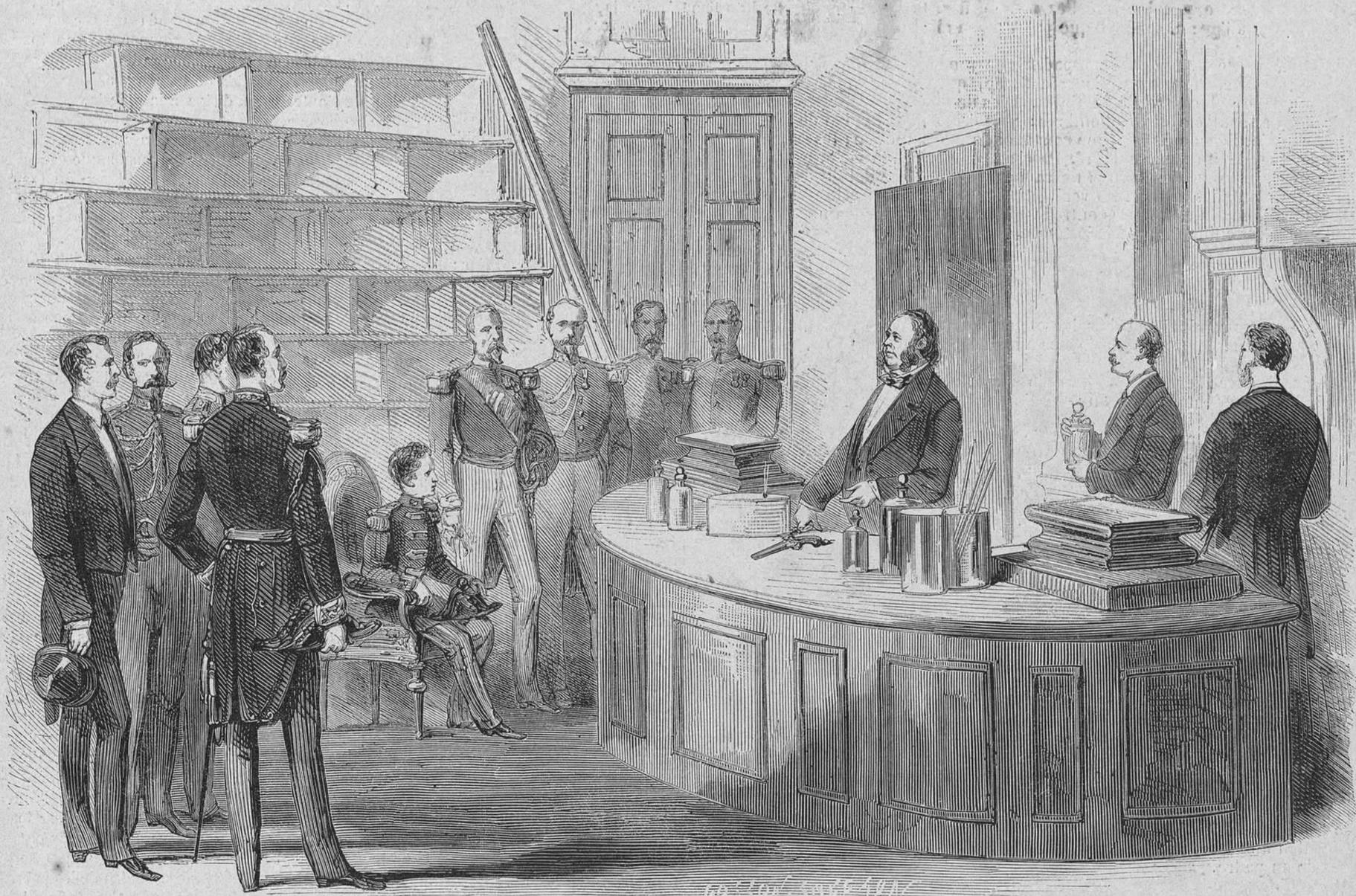
EL PRINCIPE IMPERIAL EN LA ESCUELA MILITAR DE SAINT-CYR. — Llegada del príncipe al patio Wagram.



Amédée Longis

GOSSEN, SNEETON

El príncipe imperial en la Escuela militar de Saint-Cyr. — El Steeple-Chase.



EL PRINCIPE IMPERIAL EN LA ESCUELA POLITÉCNICA. — Experimentos hechos en presencia del principe por M. Fremy, en el anfiteatro de quimica



PARIS. — Trasmacion de las construcciones de la Biblioteca imperial. — El depósito de los libros.

eron; pero las blande, y saltan frágiles como cañas. Veremundo no se aflige: al saber lo que pasa, llama al príncipe, y le dice:

— Hijo mio, no te intimiden las espadas que rompieron en tu mano. Poseo una, llamada Serap, que tengo escondida en el centro de la tierra, lejos de la luz del sol y del contacto de los hombres: yo mismo la oculté, cuando, llegado á viejo, me convencí de que no podía serme de ninguna utilidad. Preciosa es su hoja, que forjaron los genios bajo la tierra negra, y la adquirí en las montañas lejanas. No verás otra igual en las batallas, y si, oculta está en las entrañas de la tierra, manto de flores cubre tan preciado tesoro.

VIII.

El anciano rey es conducido á la selva oscura, entre cuyas negras encinas eleva un roble sus gigantescas ramas.

— Este árbol, dice Veremundo, tocando sus raíces con el pie, ha sido plantado por mí: debajo de él se esconden mis armas de batalla.

Cien azadones descubren las entrañas de la tierra; pero las armas no parecen. Cavan y profundizan, y al cabo dan con ellas; mas el moho carcomió su pulimento. Veremundo, sin embargo, palpita de alegría y exclama:

— Deja, hijo mio, que te estreche sobre mi corazón; ya tienes armas para el combate.

Uffa entre tanto vacila, y teme probar el enmohecido acero, por no quitar á su padre la última esperanza. Al cabo se resuelve á probarle sobre un árbol frondoso cuya copa se extiende por el cielo, y el padre que lo sabe prorrumpe acongojado:

— ¡Oh! ¡qué desdicha si también esa espada se rompiese por vergüenza mía! Antes era invencible; ¡habrá perdido la hoja de su valor, y la tierra la habrá alterado? Pero haz tu prueba, consulta tu fortuna, y si se rompe desvanézcase como el humo mi última esperanza. No obstante ¡estoy seguro! caerá como rayo en tronco seco, y sembrará la muerte por donde pase.

El príncipe queda pensativo: va á lidiar contra gigantes iracundos, y lleva la armadura quebrantada y el acero comido de orín. Mas el valor no le abandona: las aves cantan alegremente, y él marcha resueltamente en pos de su padre.

IX.

Los soldados han sido llamados para combatir á Sverting, la corte resuena conmovida, y las tropas se reúnen en larga fila á la margen del río en cuya contraria ribera se percibe el ejército sajón.

Desierta entre dos brazos que abre bifurcada su corriente, se alza una isla cubierta de verde musgo. Jamás femeniles plantas doblaron su oscilante cerviz. ¡Aquí será donde la suerte de las armas decida la gloria del combate!

Uffa, con el ciego Veremundo, avanza alegre sobre esta isla, la coraza sobre el pecho y el hierro sobre el costado. Juró la muerte de los sajones, y allí está sobre aquel suelo rodeado de las aguas que los contrarios deben atacar.

El corazón de Veremundo palpita lleno de ansiedad.

— Mi hijo no sabe manejar las armas, dice; si cayese ¡ay de mí! si bañara esta tierra con su sangre, yo debería morir; las olas llevarían mi cuerpo á los abismos de la mar.

Los aceros brillan en el aire; un estrecho círculo de tierra es el lugar trazado para la lid. El ardor de la juventud reanima el alma del anciano: el río murmura á sus pies.

Tranquilo y silencioso adelanta Uffa contra los sajones que le esperan: los dos contrarios son audaces y fuertes, ya se precipitan sobre él como la avalancha de la cumbre sobre el pino de la falda. Uffa que no conoce el temple de su espada, los rechaza contra su escudo.

El rey oye los golpes del enemigo que hieren las armas de su hijo, y en su anhelo devorador exhala profundísimo gemido: se aproxima hácia la margen del río, y quita de su cabeza la corona brillante.

X.

Entre tanto Uffa, habiendo conocido en la lucha el valor de su espada, la esgrime diestramente, y, volviéndola contra uno de sus enemigos, lo derriba atravesado, como caña doblada por la cortante hoz.

Veremundo con el oído atento escucha el violento combate y grita:

— He reconocido el sonido de mi acero y el pueblo aplaude el heroísmo de mi hijo; y, esto diciendo, se siente dichoso y se regocija en vivir.

El hijo de Sverting llega con ardor sobre la arena para vengar la muerte súbita de su amigo; mas la espada de Uffa se desgaja sobre su casco, divide su cuerpo y lo arroja exánime sobre su sangre.

Veremundo, vuelto el rostro hácia el lugar de la lid, exclama:

— De nuevo he oído el estrépito de mis armas, ¿Debo sonreír ó llorar? Un heraldo avanza hácia el rey y canta al son de las arpas:

Cayeron los enemigos:
Su vanidosa arrogancia

De luto llenó á Sajonia,
Y de gloria á Dinamarca.

XI.

El ruido de las armas estremece el campo de Veremundo; los sajones se alejan vencidos, los daneses marchan victoriosos. La ancha frente del príncipe despójase del duro casco, y la refresca una corona de encina, precioso don de candidas doncellas.

Los daneses vuelven alegres al palacio: el arpa de los escaladas celebra el triunfo del valiente, y aun plañen amorosas la muerte del príncipe Atisla.

Veremundo llegó tranquilo hasta el fin de sus días; Uffa fué un guerrero invencible; y jamás movió la lengua sino para acompañar los hechos de su mano. Las selvas y los mares aun resuenan con el nombre de Uffa el Taciturno.

JUAN P. DE GUZMAN.

El príncipe imperial en Saint-Cyr.

La Escuela politécnica y la Escuela militar de Saint-Cyr acaban de recibir la visita del príncipe imperial.

El jueves 14 de mayo último el príncipe visitó la Escuela politécnica, acompañado del general Frossart, del comandante de batallón de ingenieros Lamey, edecan de servicio, y de Bachon, caballero.

Habiendo llegado á las tres al patio de la casa del general comandante de la Escuela, S. A. I. fué recibido por el general Favé, que le presentó su estado mayor, y luego pasó al patio principal donde estaban los alumnos, formados en batalla y con espada en mano, bajo el mando del coronel Boissonnet. El príncipe pasó al frente de las filas, y luego las cuatro compañías de alumnos, formadas en columnas, desfilaron en el mejor orden.

El general Favé enseñó sucesivamente al joven príncipe la biblioteca, las salas de dibujo y las de esgrima, los refectorios y dormitorios, las salas de estudio, los laboratorios y los anfiteatros de física y de química, donde M. Fremy y M. Jasmin, dos de los sabios profesores de la Escuela, hicieron en presencia de Su Alteza Imperial, diversos experimentos que llamaron vivamente su atención. Tal es el asunto de uno de nuestros grabados, que representa el anfiteatro de química en el momento en que M. Fremy, dejando por un instante la grave enseñanza de la escuela por la física recreativa, ejecuta algunas de esas brillantes experiencias cuyo secreto pertenece á la química. Sentado en un sillón, el príncipe observa con un vivo interés esos fenómenos nuevos para él, y en su derredor están los funcionarios que le acompañaban. Al salir de la escuela, el príncipe manifestó repetidas veces el placer que le causaba esta visita, y pidió que con este motivo se permitiese á los alumnos una salida.

El 24 de mayo, fiesta de la Ascension, el príncipe fué á la Escuela de Saint-Cyr, en la cual entraba en posta á las once y media, escoltado por un destacamento de la division de caballería de Versailles. Despues de haber oído la misa celebrada por el señor arzobispo de Versailles, montó á caballo y pasó al patio de Wagram, donde todos los alumnos de la Escuela, formados en batalla, ejecutaron diversas maniobras con una precision admirable. Luego marchó al Polígono, en donde hubo ejercicios con el fusil del nuevo modelo y tiro de cañón.

Las maniobras á caballo y un steeple-chase en el que los alumnos lucieron su habilidad de jinetes, terminaron la visita, que dejará un largo recuerdo en la Escuela de Saint-Cyr.

R. DE M.

Revista de Paris.

Las diversiones de verano se inauguran con un tiempo soberbio. El último domingo las rústicas ferias de Nanterre y de Argenteuil, bañadas con un sol canicular, tuvieron tal afluencia de visitantes parisienses que el ferro-carril apenas podia dar cabida á los que se habian propuesto disfrutar de estos espectáculos campestres. La llanura de Argenteuil principalmente ofrecía un cuadro animado y pintoresco. A la izquierda del camino de hierro y á orillas del Sena que por esta parte ofrece una anchísima corriente, hay una espaciosa explanada plantada de grandes árboles, detrás de la cual se encuentra la poblacion de Argenteuil llena de preciosas casas de recreo. Esta explanada se llama bulevar de Eloisa, en memoria de la célebre esposa de Abelardo, pues en Argenteuil lloró su viudez durante treinta años dentro de aquel monasterio que conocen cuantos han leído sus cartas. Ahora bien, en este bulevar es donde se extiende la feria con sus puestos de juguetes y de comestibles, sus cafés, sus circos y sus bailes.

La fiesta de Nanterre es mas característica. Consérvase en este pueblo la antigua costumbre de premiar solemnemente á la joven nubil que mas se ha distinguido por sus virtudes, y que llaman la *rosière*, y esta era la ceremonia que tuvo allí lugar el domingo último.

La joven que ha merecido este año la recompensa se

llama María Luisa Delahaye, de diez y nueve años, una robusta campesina, morena, colorada y frescachona. Nada mas alegre que esta fiesta. Las campanas tocan á vuelo, los tambores rodoblan á porfía, los guardias nacionales forman la carrera y María, vestida de blanco y acompañada por el alcalde de Nanterre se dirige á la iglesia, donde el cura bendice su corona.

Concluida esta ceremonia, para la cual se nombran padrinos y madrinas y caballeros de honor que escoltan á la *rosière*, las autoridades del pueblo conducen á su casa á la joven y entonces principian los banquetes y los brindis.

Una solemnidad de esta clase tiene cierto atractivo particular que ningun año desdeñan los parisienses.

Empero estas festividades campestres suelen ofrecer en este clima variable un terrible inconveniente: mas de una vez comienzan por la mañana con un sol abrasador y acaban por la tarde con un aguacero que tampoco tiene nada que envidiar á los de las regiones tropicales. En estos casos la inmensa muchedumbre se agita en vano por encontrar un refugio y ofrece el cuadro de un formidable ejército en derrota. Afortunadamente el domingo no fué así y los excursionistas de las inmediaciones de Paris pudieron regresar á sus casas sanos y salvos. Es verdad que dos dias antes habia ocurrido una de estas sorpresas acuáticas á que jamás puede uno acostumbrarse por muchos años que lleve de residencia en un pais donde tan á menudo sobrevienen tales cambios. El viérnes pues, á eso de las seis de la tarde los que viajaban por los caminos de hierro para volver despues de las ocupaciones del dia á sus casas de campo, se vieron envueltos en nubes de polvo que por un buen rato les privaron del uso de la vista. Muchas de las techumbres que cubren los asientos encima de los wagones fueron arrancadas por el viento, y los viajeros iban asidos á los bancos con el fundado temor de que les arrebata la tormenta. La corriente del Sena arrastraba gorras y sombreros, y á todo esto caian rayos y centellas en Versailles, en Montmorency y en Maisons Lafitte, que prendian fuego á varias casas. Cuando una tormenta de esta especie se desencadena un domingo de gran fiesta en San German ó en Versailles, toma verdaderamente las proporciones de una catástrofe.

De todos modos, el estío es una estacion que la masa de la poblacion de Paris saluda con entusiasmo. Para la gente laboriosa es la época en que vuelve á principiar el trabajo, y no hay necesidad de decir que en este tiempo se disminuyen considerablemente las necesidades de los pobres. Los particulares pudientes, lo mismo que el Estado, dejan de imponerse los sacrificios que exige el invierno, para aliviar la suerte de tantos miles de personas como hay en Paris que durante cinco ó seis meses sin esos auxilios perecerian de hambre.

Un cuadro tenemos á la vista que explica, con la elocuencia irrefutable de los guarismos, lo que ha sido el pasado invierno en la capital de la Francia: son los resultados de una temporada de cinco meses, desde el 9 de noviembre de 1867 hasta el 30 de abril de 1868, de esa filantrópica institucion que se titula las cocinas económicas, de la cual hemos hablado ya diferentes veces en nuestro periódico.

Ante todo conviene decir que la comida del jornalero se compone ordinariamente de pan, carne, caldo y verdura, á saber: 250 gramos de pan, que cuestan 15 céntimos; medio litro de caldo, 20 céntimos, 70 gramos de vaca, 20 céntimos, y 10 céntimos de verdura. Total: 75 céntimos.

Ahora bien, en las cocinas económicas estos alimentos cuestan poco mas de la mitad, diferencia que constituye un inmenso alivio para las clases trabajadoras.

Las cocinas económicas reciben un subsidio del Estado, que se calcula segun la duracion de las crisis alimenticias, y de ocho que eran antes se han aumentado hasta veinte, que han funcionado el invierno último de una manera extraordinaria.

Segun la estadística á que nos referimos, en 160 dias han repartido 6.854,246 porciones.

Por término medio en noviembre de 1867 repartieron diariamente 2,171 porciones; en diciembre 2,485; en enero de este año, 2,405; en febrero, 2,227; en marzo, 2,005, y en abril, 1,576.

A medida que va llegando el buen tiempo el jornalero renuncia á esta alimentación.

El gasto asciende á 485,060 francos 48 céntimos, y como el producto no ha pasado de 342,712 francos 30 céntimos, el subsidio asciende á 142,712 francos 18 céntimos.

Hay tambien cocinas económicas enteramente gratuitas, como la de Saint-Ouen, costeadas por el emperador, y otras establecidas por la administracion de la Asistencia pública en sus casas de socorros.

Esta laudable institucion se ha propagado este año no solo en los departamentos de Francia, sino en varias poblaciones extranjeras donde se han sentido tambien los efectos de la crisis alimenticia combinados con los de la falta de trabajo.

Pero abandonemos ya esta digresion consagrada á la estadística y sigamos hablando de fiestas.

Sabido es cuán aficionados son los franceses á los espectáculos militares. Una revista en el Campo de Marte pone en movimiento á todo Paris, y en menor escala todas las maniobras de la milicia atraen siempre un gran concurso de espectadores.

Ya hemos dicho á nuestros lectores que se ha instalado un campamento en Saint-Maur, á las puertas de la capital, y hoy añadiremos que las maniobras de los soldados de este campamento constituyen en el dia como una diversion pri-

vilegiada para los parisienses. A la verdad, debemos convenir en que hay algunas que merecen ser observadas. Por ejemplo, últimamente los zuavos y los granaderos de la guardia han hecho experiencias curiosísimas.

Habiéndose creído que en ciertos casos podría ser útil cubrir una línea de batalla con fortificaciones pasajeras, dieron á los soldados palas y picos que llevaban encima de las mochilas, y una vez llegados á la posición que debían ocupar, se desplegaron los batallones y los oficiales de plana mayor determinaron el sitio más favorable para abrir la trinchera.

Los batallones, cubiertos por los tiradores, marcharon á aquel sitio, dejaron en el suelo sus mochilas y pusieron manos á la obra, en tanto que les protegían los tiradores fendidos boca abajo y haciendo fuego para contener al enemigo.

En ocho minutos justos, los cinco batallones se hallaban al amparo de una fortificación de metro y medio de altura.

Nada más curioso que esta operación, añade el diario especial del que tomamos estos datos.

Se ven llegar las columnas, se oye la voz de alto, y luego se dan las órdenes para que se desplieguen los tiradores. Estos últimos avanzan haciendo fuego, y al cabo de algunos instantes de tiroteo, tocan retirada. La gente les sigue con la vista cuando vuelven sobre la línea de batalla; pero hé aquí que de repente, esta desaparece, pues como por encanto se ha elevado en su lugar una fortificación de dos kilómetros de larga.

Parece ser que las experiencias han salido perfectamente, de lo cual se deduce que casi siempre será posible fortificarse así, lo que sería ventajosísimo en las batallas.

El modo de proceder es el siguiente:

Formado el batallón, la mitad de los soldados echan al suelo las mochilas y de dos en dos trabajan en abrir la tierra, un hombre con un pico y otro con una pala. Las parejas casi se tocan; cuando cada cual ha hecho su agujero, está concluida la trinchera y bajan á ella seguidamente. Luego hay compañías de apoyo dispuestas á sostener á los tiradores y á reforzarlos, para asegurar el sosiego á los operarios, que con un poco de uso harán en cinco minutos la misma obra que hoy les lleva ocho.

Justo es que el arte de la defensa adelante á medida que adelanta también y en tan grandes proporciones el de la fuerza destructora del nuevo armamento.

A propósito de este último punto el diario oficial del imperio acaba de publicar una exposición del mariscal Niel sobre el fusil Chassepot, que contiene revelaciones tan inesperadas como curiosas.

Según dice el mariscal, el nuevo fusil desafía toda comparación con los de los demás pueblos; superior á todos los conocidos hasta el día, arma al soldado francés con una fuerza de destrucción sin rival en el mundo.

Resumamos las habilidades de este nuevo instrumento de guerra.

Parece ser que el fusil Chassepot puede disparar hasta 14 tiros por minuto, que alcanza á mil metros con más seguridad que alcanzaba el antiguo á 400, y que su precisión es tal, que de cien balas todo soldado medianamente instruido planta veinte y cinco en el blanco aun á tan inmensa distancia.

En suma, la cuarta parte de los tiros da en el blanco, y un ejército de 20,000 hombres armados con el fusil Chassepot puede disparar 280,000 tiros por minuto y dejar tendidos en el suelo en un instante 56,000 enemigos.

Toda batalla se decidirá pues en algunos minutos. Quince ó veinte descargas y es cosa concluida.

Cambiamos de teatro.

Conforme se anunció, la inauguración de la Exposición marítima del Havre tuvo efecto el día 1º de junio. Veinte y cuatro horas antes ya no se encontraba en la ciudad un cuarto disponible y sin embargo, los trenes del ferro-carril continuaban desembarcando gente. La ceremonia oficial fué como todas las de su especie. M. Ozenne, consejero de Estado, delegado por el ministro del Comercio, presidía la ceremonia, y le acompañaban las autoridades departamentales y locales, con los delegados de los gobiernos extranjeros.

Después que el cortejo oficial recorrió las galerías de la Exposición, pasó al vasto patio de los *Docks*, adornado espléndidamente. Detrás del estrado reservado á las autoridades y á los ejecutantes de la parte lírica del programa, había un telón pintado que formaba una perspectiva arquitectónica. Una inmensa muchedumbre ocupaba los asientos dispuestos en el patio.

Eran las dos y media, dice el *Journal du Havre*, de donde extractamos á la ligera estas noticias, mientras preparan nuestros colaboradores los artículos especiales que el asunto reclama, cuando M. Oeschner, á la cabeza de una magnífica orquesta de setenta músicos, hizo oír los primeros acordes de una marcha triunfal, composición suya. Esta hermosa página de armonía produjo un gran efecto en la sonora nave del Dock. Luego empezaron los discursos oficiales.

M. Ozenne tomó el primero la palabra, y á propósito de la Exposición del Havre, examinó las condiciones económicas que resultan para la Francia del régimen de los tratados de comercio. Siguió el subprefecto del Havre, presidente de la comisión de organización, de cuyo discurso daremos á conocer los siguientes párrafos:

«Celebramos hoy una fiesta moderna en una ciudad llena de recuerdos del pasado, y el brillo de la Exposición marítima internacional del Havre demuestra que la antigua ciu-

dad de Francisco I ha permanecido digna de la alta misión comercial que la señaló su glorioso fundador.

» Las tradiciones de su historia, la admirable situación del puerto, la proximidad de París, la facilidad de comunicaciones con el interior y el resto de la Europa, todo designaba de antemano al Havre como lugar de una exposición especialmente consagrada á los intereses marítimos. La Exposición del Havre será ciertamente una de las más completas y brillantes que habrá habido en Francia, y llevará á todas las anteriores la ventaja de tener un objeto internacional mejor definido, más extenso, y de llamar la atención pública sobre las industrias marítimas que han estado demasiado localizadas hasta hoy.

» Los que quieren estudiar las transformaciones de la ciencia marítima aplicada á las necesidades internacionales y á la mejora de la vida popular; los que quieren admirar la habilidad de los obreros, que pueden llamarse artistas; los apasionados por lo útil y lo bello; finalmente, los que no ven en las exposiciones sino un espectáculo de puro recreo, podrán satisfacer igualmente su admiración y curiosidad. Nuestra Exposición revela incontestablemente en todas sus manifestaciones, la marcha ascendente de la humanidad hacia el bello ideal, y ella debe conducir naturalmente á las meditaciones más elevadas sobre la situación actual del comercio y de la navegación.»

Repetidas veces este discurso fué interrumpido por los aplausos. No menos celebrado fué el que pronunció luego el alcalde del Havre, después del cual comenzó la parte poética y lírica del programa. M. Taillade, artista del Odeon, recitó una composición relativa á la ceremonia, y luego cien cantantes ejecutaron una cantata cuya música, obra de nuestro compatriota el señor Frigola, alumno del Conservatorio de París, mereció aplausos unánimes.

¿Qué diremos ahora sobre la Exposición? Aunque la instalación no se halla terminada todavía, los excursionistas parisienses dicen que con lo expuesto ya basta y sobra para que ofrezca interés un viaje al Havre.

Naturalmente los productos marítimos ocupan el primer puesto; pero luego hay también, como hubo en el Campo de Marte, una galería de máquinas, un museo retrospectivo donde abundan las antigüedades de toda especie; artículos de lujo, como bronce, sederías, pianos, etc., y sobre todo hay, según aseguran, una maravilla, que es un acuario espléndido poblado con numerosas muestras de los variados habitantes del Océano.

Como si esto no fuera bastante, ni tuviera suficiente atractivo para llamar visitantes á la Exposición marítima, se disponen fiestas de toda especie para el verano próximo, y en el programa de estas funciones futuras se mencionan las corridas de toros. Veremos si esta vez también se quedan en proyecto, como sucedió el año último, cuando la Exposición universal del Campo de Marte.

El Havre, Baden, Spa, Vichy y cuantas ciudades se disputan durante el verano el imperio de la moda, publican á porfía los programas de las fiestas con que se proponen obsequiar á sus visitantes. Así es que los artistas comienzan á dejar París, ciudad improductiva durante el estío para el arte.

Entre los últimos conciertos que ha habido en París antes de empezarse esta deserción, cúmpenos señalar particularmente el de la señora Alabau, que tuvo efecto el sábado 23 de mayo en el salón de M. Lebouch, ante una escogida concurrencia. En este concierto tomaron parte algunos artistas distinguidos, la mayor parte de ellos españoles.

La señora Alabau posee una voz robusta y extensa, de agradable timbre, y canta con delicadeza y corrección: tanto en el aria del *Sorriso*, del maestro Obiols, como en el dúo de la *Favorita*, fué muy aplaudida. El señor Blanco sabe sacar partido de sus facultades, como lo demostró en la ejecución de la romanza de *Maria di Rudenz*, de Donizetti, bellísima composición que produce siempre un admirable efecto. No nos es posible detallar lo restante del concierto, compuesto todo él de piezas escogidas, y en el que se aplaudió cual lo merecen, al guitarrista Bosch y al violinista Sarasate.

MARIANO URRABIETA.

Nuevo salón de lectura

DE LA BIBLIOTECA IMPERIAL.

Dentro de pocos días estará habilitado para el público el nuevo salón de lectura de la Biblioteca imperial de París, que se ve representado en nuestra lámina.

Una puerta provisional abierta por la calle Richelieu da acceso á un vestíbulo bastante oscuro: esta entrada es á la verdad pobre y mezquina. A la derecha hay un pequeño pórtico cuadrado que sirve de entrada al salón de lectura.

Este salón es inmenso: tiene 1,300 metros de superficie, y concluye por una de sus caras en una parte elíptica. Sostenido por 16 columnas de 10 metros de altura, la bóveda presenta nueve elegantes cúpulas de losa esmaltada, alternadas con nueve vidrieras horizontales por las que penetra una luz suave é igual que se esparce en todo el monumento. Unos grandes arcos que reinan en torno del salón, ofrecen ornatos de dibujos y arabescos en oro sobre fondo blanco; un medallón que

se destaca sobre un fondo de oro y representa á los escritores que más han honrado al genio humano de todos los pueblos, aparece en el flanco de cada uno de los pilares de los arcos. A la derecha y á la izquierda hay tres aberturas figuradas y cubiertas con pinturas murales. Aplicados á la pared hay ligeros balcones de hierro.

Verdaderamente es esta una obra magistral, que honra sobremanera á su arquitecto M. Enrique Labrouste. La concepción del plan es grandiosa y elevada, el efecto extraordinario: no se observa imitación de ninguna especie, sino una creación, una originalidad en la obra que admira por su grandeza, por su ligereza y su armonía. En este tiempo en que todo el mundo se dedica á copiar ó á restaurar, es rarísima la novedad en arquitectura, y más que nunca el talento de M. Labrouste se ha afianzado con la creación de esa sala monumental. Sin embargo, si el plan general merece alabanzas sin reserva, se pueden criticar ciertos detalles, como por ejemplo, el ornato bastante mezquino de las columnillas, y los árboles pintados en la pared, cuyos ramajes aparecen encima de los libros, en tanto que sus troncos ausentes están ocultos detrás de la estantería.

Ahora que hemos echado una ojeada á la obra en su parte superior, examinaremos el salón, considerándole como biblioteca. Contiene trescientos cuarenta y cinco sillones delante de las mesas cubiertas de badana: cada puesto, numerado, tiene su escribanía. El libro se apoya en una separación en forma de atril que reina á lo largo de las mesas. Los pies del lector se apoyan en conductos de agua caliente que tienen hasta doscientos metros de largo, sistema asegurado á la vez por una capa de aire inspirable á altura de hombre, y procedente del vapor de agua, y en las partes superiores por veinte y cuatro estufas de aire caliente. Delante de los atriles pueden leer ó escribir setenta personas, de modo que podrá haber hasta cuatrocientas quince personas en el nuevo salón de lectura. En el antiguo salón apenas cabían la mitad. En los estantes del salón hay cuarenta mil volúmenes, y es la primera biblioteca de tres pisos á la que se llega por balcones salientes.

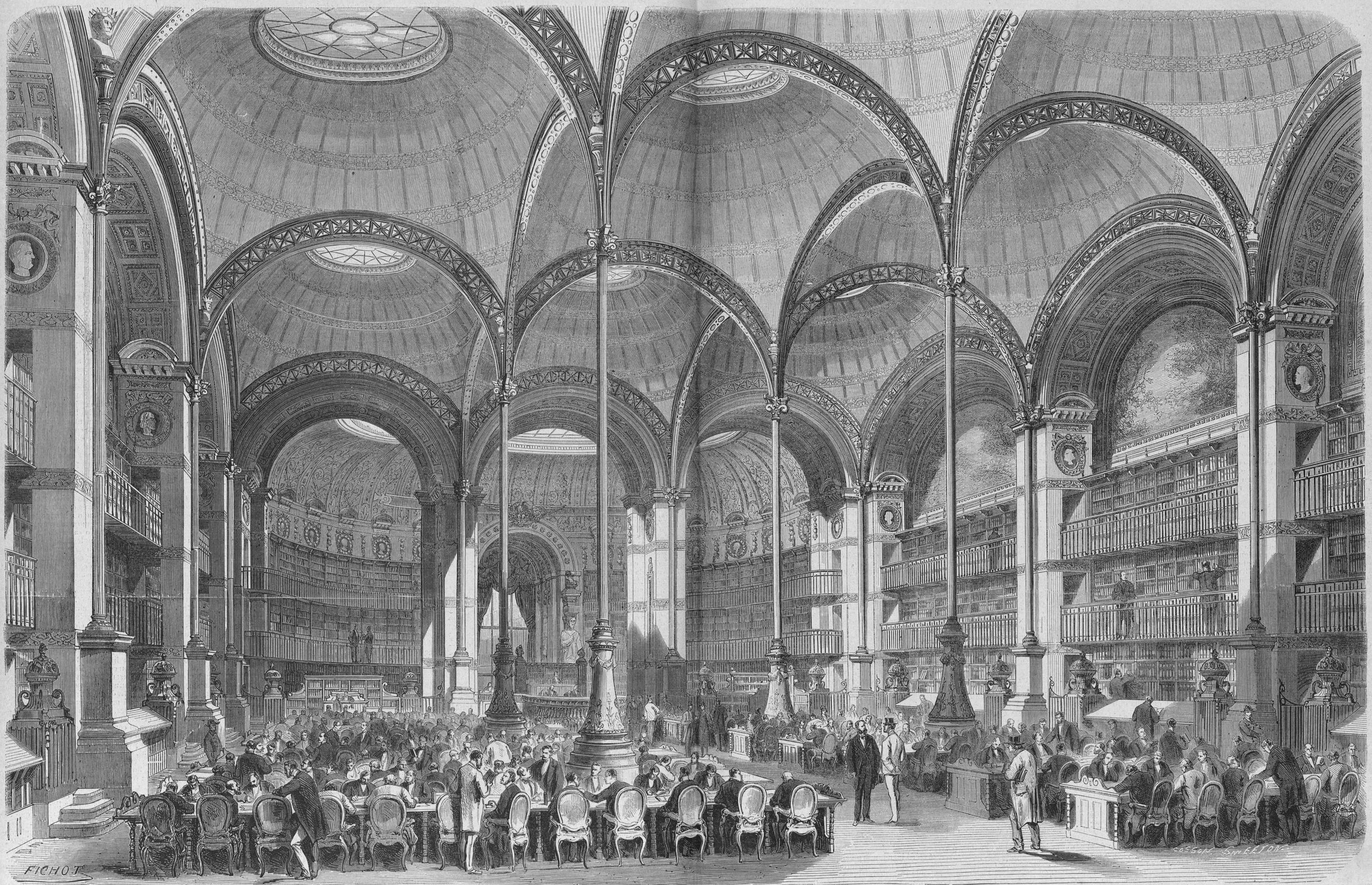
La mesa de los conservadores, que domina el salón, se eleva en un hemicycle donde hay dos mesas para las personas á quienes confían las obras más preciosas de la biblioteca. Una inmensa puerta abovedada con cortinaje de terciopelo, tiene á los lados lamparines con llamas de oro, y dos grandes cariátidas de piedra ejecutadas por M. Pólet.

Ahora pasaremos al depósito central. Un millón doscientos volúmenes hay en este depósito, que es todo de hierro, y se compone de un piso bajo y cuatro altos. Como cuenta catorce compartimientos en cada piso, tenemos un total de ciento cuarenta compartimientos, que contiene cada uno de ellos sobre cinco mil volúmenes. Está servido por una calle central en la que desembocan catorce calles que circulan por cada lado del salón. En cada cara hay cuatro escaleras para todos los pisos que dan entrada á todos los compartimientos del depósito. La techumbre es de cristales.

Ya hemos dicho que la construcción es de hierro, salvo las tablillas de la estantería; los suelos se componen de un enrejado de hierro, á través del cual penetra la luz y cae sobre los libros, poniendo á la vista los títulos de las obras. Cuando hace algunos años el ingeniero Sidney Smith concluyó el nuevo salón de lectura del British Museum, los periódicos ingleses hicieron grandes elogios sobre esta obra tan ingeniosamente comprendida y ejecutada de un modo tan práctico. Era muy justo, pero debemos confesar que este depósito de la Biblioteca imperial nos parece más cómodo aun que el del British Museum. Bajo este concepto, añadiremos que en esta reconstrucción de la Biblioteca imperial, esta es una de las partes que hará más honor á M. Labrouste. En semejante trabajo, al que se imponía ante todo una condición de utilidad práctica que excluía el ornato de capricho, el haber conservado la elegancia no era un problema fácil de resolver, y M. Labrouste le ha resuelto.

Y ahora se preguntará: ¿cómo funcionará la Biblioteca, por qué medios la librería del depósito central se pondrá en comunicación con el público? Lo mismo que sucede en el British Museum, no se permitirá la entrada en el salón de lectura al que no tenga una tarjeta firmada por el administrador. Preciso ha sido desterrar á los ociosos que muy á menudo ocupaban el puesto de los trabajadores. Así pues, obtenida la tarjeta ó permiso, se presenta el lector y escribe su petición en un boletín que entrega al conservador sentado en el hemicycle. Un mecanismo colocado detrás del conservador se apodera del boletín y le lleva á la mesa correspondiente del depósito central, de donde pasa por otro mecanismo á la parte del servicio de la librería, donde está el libro que se pide. Un timbre advierte al empleado que llega una petición; se busca la obra, y el empleado responde enviando el volumen, contestación que va precedida de un campanillazo. Que esté en la cueva ó en el cuarto piso, el libro sube ó baja para llegar al punto central, por medio de un aparato de transporte que se repite en todos los compartimientos del depósito.

Hé ahí pues los volúmenes en manos del empleado encargado de concentrar la demanda y la respuesta; las obras salen en una caja por un ferro-carril subterráneo que desemboca detrás de la mesa de los conservadores del salón público. Un mozo se apodera de los libros y los entrega al empleado, quien advertido de la llegada del tren por un campanillazo atmosférico, se dispone á repartir entre los lectores las obras pedidas en los boletines. A las tres se acaban las comunicaciones. Los volúmenes, á medida que los lectores los de-



FICHOT

PARIS. — Nuevo salon de lectura de la Biblioteca imperial.

vuelven, toman los trenes de retorno y vuelven cada día á los lugares que momentáneamente abandonaron. Tal es el sistema cómodo y expedito á cuyo beneficio la Biblioteca puede satisfacer diariamente las peticiones de trescientos ó cuatrocientos lectores que piden, por término medio, sobre seiscientos volúmenes.

Grandes han sido las obras ejecutadas en todos los cuerpos de edificio, y sin embargo, aun falta bastante que hacer para completarlas debidamente. Las casas que por la calle Neuve-des-Petits-Champs formaban el esquinazo de la calle Richelieu, desaparecieron, y con las nuevas construcciones levantadas allí, la Biblioteca imperial tomó exteriormente un imponente aspecto. Antes se habían hecho ya los trabajos de embellecimiento de la calle Vivienne.

Por dentro ha habido también muchas mejoras: la sección de las estampas ocupa una de las vastas galerías del antiguo palacio Mazarino; la de los manuscritos, la de las medallas, también han mejorado de local, y por último, está para inaugurarse el nuevo salón de lectura. Sin embargo, como hemos indicado ya, esto no es bastante. La obra quedará siempre incompleta, necesita más espacio, necesitaría ese gran paralelogramo que se extiende de la calle Colbert á la calle Neuve-des-Petits-Champs. Entonces ese inmenso depósito, que cuenta unos tres millones de libros, y que se aumenta cada año con veinte mil volúmenes, contará con local suficiente para no tener que enterrar sus riquezas, como le ha sucedido hasta ahora. Sería de desear que bien comprendida esta verdad, se procediese á dar al local un ensanche que dentro de pocos años será de todo punto indispensable.

E. C.

Cuadros de costumbres guatemaltecas

POR SALOMÉ GIL.

(Continuación — Véase el número 803.)

Pude convencerme, además, de la profundidad y filosofía que encierra la expresión de tiendas con *mando dentro*, pues los inquilinos que entraban y salían continuamente, ya á bebernos el agua; ya á devolvérsela bajo otra forma, ya en fin, á otras cosas que no es del caso referir, acabaron por *mandar* en la casa más que los verdaderos amos.

Item más, de pasar no pocos sustos y aflicciones; pues como tengo media docena de chicos, que no digo que son el pie de Judas porque no creo yo que el pérfido apóstol haya tenido la maldad en los pies precisamente y no en otra parte del cuerpo, era necesario estar velando para que no se saliesen aquellos diablitos á corretear por los pretilos, con riesgo de descalabrarse.

Mi mujer dió en la florecita de *salir con mal* de todos sus lances apurados, por la subidera y bajadera de las gradas; las criadas no duraban en la casa, porque no estaban acostumbradas, según decían, á semejante trajín, y una noche que hubo un temblor fuerte, creí que era llegada nuestra última hora; no porque la casa se cayese, que la pobre no lo consiguió por más esfuerzos que hizo y bien dispuesta que al efecto estaba, sino por la circunstancia de que la familia entera, se precipitó por la escalera abajo, quedando todos contusos y estropeados.

Al siguiente día salí á buscar una casa de alquiler, de las bajas, como aquella en que nací y viví y la cual no debí haber reedificado de altos; viniendo á convenirme, aunque muy tarde, de que no es prudente adoptar novedades, cuando no hay tal vez los elementos necesarios para que sean de positiva utilidad y verdadera conveniencia.

LAS SEMEJANZAS.

Guatemala debiera ser un país de retratistas, por la propensión y facilidad que hay aquí para coger al vuelo todo género de semejanzas. Al día siguiente de haber llegado de fuera una persona á quien jamás se ha visto, los numerosos descubridores de parecidos ballan que el recién venido tiene los ojos de Fulano, la nariz de Zutano, el modo de andar de Mengano y que le da *airecito á Perensejo*.

Parecerá quizá una paradoja si digo que esas semejanzas, verdaderas y supuestas, suelen hacer la desgracia de algunas personas; y sin embargo, nada más cierto que eso. Si uno de tantos fisionomistas declara que tal sugeto que acaba de llegar es el vivo retrato de un imbécil de esos cuya estupidez ha pasado en autoridad de cosa juzgada, ya puede ser el hombre un Salomón, que no le costará poco trabajo rehabilitarse ante la opinión pública y hacer revocar aquel fallo, sobre tan falsas pruebas pronunciado.

— Que don Crispulo es un hombre muy inteligente, instruido y consumado en tal ciencia.

— ¡Imposible! responde en coro una docena; es el vivo retrato del pintor güegüecho que vive aquí á la vuelta.

Y aunque don Crispulo sea realmente como lo pintan, y no tenga güegüecho por fuera ni por dentro, queda declarado tonto de capirote. ¿Quién le manda parecerse al pintor de la garganta quebrada?

— ¿Conoce Vd. á la mujer del director de los acrobatas? me dijo un día una persona.

— No, señor.

— Pues figúrese Vd., añadió muy satisfecho, el cuerpo de la Martina, los ojos de la Gerónima, la boca de la Petrona, el pelo de la Dolores y el conjunto de la Mariana, y diga Vd. que yo la conocí.

— Pero hombre, digo yo, por amor de Dios, ¿cómo puede hacerse el conjunto de una con las facciones de tantas? y además, la Mariana tiene cincuenta años, es trigueña, y la *volatina* es joven y blanca como una escocesa, según dicen.

— Pues sin embargo, es como se la pinto á Vd.

Otros diez me hacen la descripción de la misma persona y concluyen por asegurar que se parece, como una gota de agua á otra, á veinte *individuos* que no tienen entre sí la más ligera semejanza.

— Vaya, digo para mí, aquí falla el axioma de que dos cosas iguales á una tercera son iguales entre sí; y renuncio á formar idea exacta de aquella que á tantas se parece.

Es tal nuestra propensión á encontrar similitudes, que las buscamos no solamente entre personas, sino también entre estas y los animales y aun entre los seres vivientes y los objetos inanimados. Muchas veces un *parece* de esos, si hace fortuna, pone en completo ridículo á cualquiera haciendo se le cambie su nombre verdadero por el del animal ó el trasto con quien se le halla identidad.

Vaya Vd. á cortejar á una joven á quien no se conoce sino por la *lagartija*; lleve Vd. del brazo, si se atreve á la *quebrantahueso*; haga Vd. el ánimo de sacar á bailar á la *muerte*; y ya puede Vd. esperar una inacabable letanía de zumbas y de bromas.

¡Libreme Dios de parecerme á nada malo, si no es ya demasiado tarde para expresar este deseo! Un extranjero á quien conocí algunos años hace fuera del país y que tuvo el raro capricho de venir á Guatemala á estudiar nuestras costumbres, probando así que hay hombres para todo, fué víctima de esa maldadada propensión nuestra á encontrar parecidos. Diré cómo fué el caso.

El vago y malentendido viajero era alemán, y si Dios me ayuda, pondré aquí su apellido, pues no sería regular dejarme el nombre del héroe en el tintero. Veán mis lectores cómo se gobiernan para deletrearlo. Se llamaba Huberto Lichtingsterpstrobatchumberlich; era un hombre inteligente, instruido, amable y de esos pocos que disciernen en los países que visitan lo bueno de lo malo; que viajan con verdadero deseo de aprender, sabiendo que en todas partes hay defectos, y que de consiguiente, no vienen por acá con el *parti pris* de verlo todo detestable.

El señor del apellido arrevesado (que en lo enredado podría compararse á muchas de nuestras cosas) vino á hospedarse á mi casa, y como traía una especie de hidrofobia de conocer el país, inmediatamente tuve que dar de mano á mis quehaceres y me planté con él en la calle, para dar principio á la excursión.

Habíamos andado cinco pasos, cuando Herr Lichtingsterpstrobatchumberlich, que iba engolfado en la conversación que conmigo entabló, sintió repentinamente caer á plomo sobre su hombro izquierdo un brazo descomunal, y al mismo tiempo oímos que le gritaban:

— ¿Tú por acá, Gonzalez? Te hacia yo en Europa.

Vuelvo la cabeza y encuentro que el que tan brusca-mente se insinuaba, era don Martín Pesado, quien al ver la cara entre asustada y colérica del alemán, le dijo:

— Vd. dispense, caballero; lo tomé, al verlo por detrás, por uno de mis amigos; ¡se le parece Vd. tanto!

Y dió la vuelta con gentil desembarazo. Continuamos la marcha, y á poco andar, observé que en la acera de enfrente á aquella por la cual íbamos, dos jóvenes miraban con atención á mi acompañante. Oí que el uno decía:

— Sí, es él, el amigo Perez, ¿no le ves la nariz? Algo aventajado está, pero es él mismo.

Y sin más ni más se precipita sobre mi hombre, lo estrecha entre sus brazos y le dice:

— Perez, Perez, ¿cuándo ha llegado Vd.? ¿por qué se pasa Vd. tan tieso? Hace mil años que no le veo.

Y continuó por este estilo haciendo exclamaciones, sin dejar tiempo de responder al infeliz viajero, que luchaba por desasirse. Yo le decía que estaba equivocando; que no era el sugeto que suponía; pero todo inútil; no soltó á mi pobre amigo, sino cuando lo hubo estrujado y magullado á su sabor.

— ¡Cosa más rara! decía el alemán con mucha calma que me parecía yo tanto á esos dos señores Perez y Gonzalez, que se me pueda confundir con ellos.

— ¡Oh! le contesté, eso sucede aquí todos los días. Por acá todos nos parecemos unos á otros; es una peculiaridad del país.

— ¿Y á qué atribuye Vd. eso? replicó admirado el alemán.

— No sé, le dije; pero puede ser efecto del clima, ó del agua, como los güegüechos.

— Muy grande debe ser la influencia de esas causas, dijo mi amigo pensativo, cuando yo la experimento ya, y apenas acabo de llegar.

Seguimos nuestro paseo, y tuve más de una ocasión de ver nuevos ejemplos de nuestra manía de encontrar

parecimientos. Al pasar por una tienda, oigo decir: — Ahí va Salomé Gil con un gringo que se parece al licenciado Tramoya.

Más adelante dicen:

— ¡Hombre! ese es el socio aquel de la casa *Arranquera, Petardo y Compañía*, que desapareció de aquí el año pasado.

— ¡Qué cara de perro dogo! dice uno. Canillas de alcaravan, dice otro. Ojos de tecolote, el de mas acá. Pescuezo de garza el de mas allá.

Y mi hombre que entendía perfectamente el castellano, se daba al diablo con todas esas pullas.

— Yo debo ser un verdadero Proteo, me dijo al fin, ya incomodado, pues me parezco á tantas personas y cosas diferentes.

A cada momento lo tomaban por quien no era. Le saludaban, le reconvenían, le preguntaban noticias de puntos donde jamás había estado; le recordaban promesas que no hizo: le cobraban lo que el pobre no había comido ni bebido; pero no se dió caso de que fuesen á pagarle alguna suma por equivocación, ni que le llevasen regalo que no le estuviese destinado, ni de que le tomasen, en fin, por nadie á quien buscaban para cosa buena.

Un mes estuvo aquí el desventurado Lichtingsterpstrobatchumberlich, y se fué con más de diez apodos, dos de ellos realmente ingeniosos y bien puestos, y los restantes muy disparatados. Pero quien acabó de dar al traste con la flema del teuton, fué una señora que llegó á buscarle la víspera de su partida, con la extraña idea que mi huésped era el verdadero retrato de un mono que se le había muerto, á cuyo animal tuvo particular cariño, y no habiendo tenido tiempo de hacerlo fotografiar, tenía el antojo (y estaba la pobre en época de ellos) de que mi alemán fuese á casa de un profesor del arte, á que le copiasen de cuerpo entero, ofreciéndose á pagar el valor de la efigie.

Huberto estuvo á punto de sacar de las orejas á la aficionada á monos; y lo habría hecho, á no haber yo intervenido y disculpado su capricho, atribuyéndolo á su situación excepcional.

Al día siguiente el alemán salió de aquí, llevando en su diario de viaje escrita la observación de que en Guatemala el recién llegado se parece á todo el mundo, y que nadie nos gana para eso de encontrar similitudes.

Pues si tal cosa sucede con los parecimientos físicos, que al fin están bajo la jurisdicción de los sentidos, ¿qué sucederá con las semejanzas morales, que se perciben por medio de la inteligencia, de suyo mucho más falaz que los ojos y el oído?

Escriba Vd. artículos de costumbres, por ejemplo, y verá facilidad y gracia para atrapar semblantes. Pinte usted un mal criado, y entre los diez mil que hay en la ciudad, toman uno precisamente, á quien le dicen en todos los tonos que ¿si ya vió el artículo? ¿que qué dice de él? que ¿cómo está pintiparado! etc., etc.

Trace Vd. el retrato ideal de un gloton, y todo el mundo señala con el dedo dos ó tres y jura son los que ha puesto Vd. en berlina con el nombre de don Zenon Tragaldabas. Pinte Vd. chismosos, habladores, gorriones, y como si no hubiera más que un ejemplar de cada una de esas buenas piezas en la ciudad, bautiza cada cual al chismoso, al hablador, al mal criado y al gorrion que más le incomoda, con los nombres del personaje fingido del artículo; y los que así se encuentran señalados, en vez de recordar aquello de *quien te canta la copla él te la sopla, cogen tierra* tal vez al que ni pensó en ellos al escribir sus cuadros puramente imaginarios.

Estos son gajes del oficio, á los cuales deben estar preparados los que escriben para el público, y muy particularmente los que escriben artículos de crítica. Siempre que eviten, como deben hacerlo, toda personalidad, y que su censura sea fina y decorosa, dejen que la numerosa secta de los *parecimentistas* se devan los sesos por encontrar similitudes.

Lo que el gorgojo para el trigo, el chapulin para la milpa, el sompopo para las flores y la polilla para el papel, es el buscador de semejanzas para el articulista de costumbres. Gorgojo que come, chapulin que devora, sompopo que destruye, polilla que roe, es tan difícil extirpar como todos esos bichos maléficis.

Donde nace el articulista, brota el comentador, que sigue á aquel como la sombra al cuerpo. La existencia de esos dos seres es correlativa; el uno completa al otro, y la sábia naturaleza los ha hecho, por decirlo así, gemelos; pues no hay en la creación ser alguno que no tenga su antípoda, haciendo cada cual su papel y concurriendo, en su esfera respectiva á formar la armonía universal de este, que está ya bien averiguado es el mejor de los mundos posibles. Puerilidad sería, pues, el irritarse de que haya quien interprete mal ó bien, desde el momento en que haya quien censure. *Multis terribilis, caveto multos.* (Ausonio.)

LA TEMPORADA.

Al terminar nuestro benigno invierno, (tomando esta palabra en su sentido propio) y cuando va cesando el frío que se experimenta en los meses de diciembre y enero, muchas familias de la parte acomodada de la capital, por medida higiénica, por gusto, por ostentación, ó por capricho, abandonan las comodidades de sus ca-

sas y emigran con direccion á las dos ó tres pequeñas poblaciones donde el termómetro se eleva algunos grados sobre los que por este tiempo marca en Guatemala; y donde, en compensacion, hay lo que tanta falta hace á esta ciudad: un rio en que poder bañarse.

Eso es lo que se llama hacer *temporada*; expresion genérica que por acá significa solamente los dias que pasan entre la incomodidad, el calor, el polvo, y otras delicias de ese jaez, en los puntos célebres por sus aguas. ¿Qué era una temporada treinta ó cuarenta años hace? Alguna cosa muy diferente de lo que hoy es, sin duda.

Animacion, jovialidad, franqueza; tregua á la etiqueta; dias de campo, bailes y tertulias; travesura y broma; una especie de carnaval, menos las máscaras; todo eso era una temporada. ¿En qué consiste que ahora, con mayores elementos en la sociedad, y con muchas mas ventajas y comodidades que antes en las poblaciones donde se hacen temporadas, son estas menos alegres y animadas que en otro tiempo?

No sabré decirlo á punto fijo; y así, dejo á cada uno que asigne á ese fenómeno social la causa que mejor le plazca.

En estos dias, no ve uno sino disposiciones de marcha. Se encarga la diligencia, se preparan trajes á propósito, se hacen maletas; y empleados, comerciantes, abogados, etc., etc., todos se apresuran á abandonar la capital, la mayor parte sin necesidad y no pocos con la seguridad de que van únicamente á fastidiarse. Es un zafarrancho general, en que no tomamos parte sino unos pocos posmas, que mas apegados que el comun de las gentes á nuestros viejos hábitos, hemos hecho propósito de vivir y morir junto á nuestros penates.

Por lo que á mí toca, tengo además de ese motivo, una razon muy poderosa para no sentirme inclinado á alistarme en el número de los temporadistas, y es, ¿quién lo creerá? la descripcion que, tres años hace, me hizo uno de mis mejores amigos, don Félix Bonachon, de los dias que estuvo él en Escuintla haciendo temporada. Consta esa relacion en una carta que conservo, y que el susodicho me dirigió á un punto fuera de esta ciudad donde yo por entonces me encontraba.

Bajo toda reserva voy á comunicarla á mis lectores, esperando quede la cosa, como dicen los franceses, *entre nous*; pues mi amigo es hombre tan modesto, que seria capaz de morir si supiera que andaba por ahí en letras de molde. Dice así la carta:

Guatemala, febrero 20 de 1859.

Querido amigo:

Me tiene Vd. al fin de vuelta; y vengo de Escuintla, como suele decirse, hasta las narices. ¡Qué cierto es aquello, amigo mio, de que un loco hace ciento! En mí se ha verificado precisamente lo que canta ese refran, sin mas que son dos locos y no uno los que me han trastornado el juicio.

El par de alhajas de mis sobrinos, Carlos y Manuel, á quienes Vd. conoce perfectamente, y que siempre se salen con hacer de mí cuanto les da la gana, me han obligado á ir á pasar ocho dias á Escuintla, durante los cuales han movido sobre mí tantas calamidades, que en solo ese pequeño espacio de tiempo he sufrido mas que en los cincuenta y ocho años *consecutivos* que he vivido.

Desde los últimos dias de diciembre, los susodichos mis sobrinos, que son mas diplomáticos que Metternich y Talleyrand, comenzaron á tenderme las redes y á bandearme para el viaje á Escuintla. Daba un estornudo, y en vez de decirme: «Jesus lo ampare,» como lo hace toda persona cristiana:

— Malo, decia Carlos; ese es catarro constipado. Usted necesita ir á Escuintla.

Quejábame de un ligero dolor de cabeza.

— Ya, decia Manuel; Vd. no traspira, no se baña, ¿cómo ha de tener salud? Vámonos á Escuintla, aunque solo sea por un mes; nosotros haremos el sacrificio de dejar nuestras ocupaciones y lo acompañaremos.

¡Mancebos generosos! ¡Dejar por mí el teatro, los toros y el café, que son sus quehaceres ordinarios! Me defendí como gato boca arriba; pero nada valió; mis sobrinos armaron una verdadera conjuracion, y segun ahora he sabido, iban diciendo á cada uno de mis amigos:

— El tío está malo; constipados, reumatismos, es un costal de enfermedades, y no hay santos que lo hagan decidirse á hacer una temporada á Escuintla.

Con eso, los amigos, el médico que dicen que me cura cuando realmente estoy enfermo, los criados, los indiferentes y hasta personas que jamás he saludado, me decian á toda hora:

— Don Félix, váyase á Escuintla, don Félix, sude; don Félix, báñese; don Félix, no sea Vd. mezquino, haga el ánimo de gastar cuatrocientos ó quinientos pesos, que mas vale su salud.

Y por este estilo seguian acribillándome á *indirectas*, hasta que lograron convencerme de que realmente estaba malo y que necesitaba costa.

Los muchachos, que sabian muy bien que yo habia de concluir por ceder, tomaron sus disposiciones, fueron á Escuintla á buscar casa, pidieron puestos en la diligencia, y lo arreglaron todo de manera que ya no fué posible dejar de marchar.

— Hemos andado con fortuna, me dijeron; conseguimos una casa magnífica, y tan barata, que no lo creará Vd.

— ¿Cuánto vale?
— Vaya, adivine Vd., tío.
— ¿Pero qué diablos voy á saber yo?
— Pues señor, doscientos pesos; y es un hermoso rancho con dos piezas y su cocinita...
— ¡Doscientos pesos! exclamé, ¡bárbaros! ¿y para qué me habeis comprado casa en Escuintla?
— ¿Cómo comprado, tío? dijo Manuel; ¿está Vd. en su juicio? Es alquilada por un mes; y si no andamos tan vivos, se queda con ella don Fabian Caimito, que ofreció ciento; pero nosotros le tapamos el monte, subiendo la propuesta á doscientos.

— No tienen ellos la culpa, dije para mí, sino yo; pero ya es tarde para remediar el mal.

— La salud de Vd. es lo primero, tío, dijo Carlos; y luego que está aquello que se arde. Ya verá Vd. como nos vamos á divertir.

Llegó el dia de la partida. La diligencia debia venir á buscarnos á las cuatro de la mañana, para poder llegar temprano. No vino sino hasta las cinco, por no sé qué atraso impensado. Era de las de nueve asientos; pero en rigor, no podia contener cómodamente, sino cinco ó seis personas.

Ya acondicionados los tres, en amigable compañía con unos cuantos fardos y con una jaula que ocupaba un loro, remitido á no sé qué señora que habitaba en Escuintla y lo habia dejado aquí olvidado, pasamos á buscar á don Antonio Panzagorda, que habia pagado un asiento en la diligencia, debiendo, en conciencia, haber tomado tres para él solo.

Los cinco puestos restantes los ocupó la familia de un empleado en rentas, compuesta del papá, la mamá, dos niñas, la menor de las cuales no tenia mas que treinta años, un mocito que estudiaba gramática (parda) y como *attachés*, tres verdaderos niños, que iban en las piernas de la mamá y de las señoritas.

Quedé sepultado entre las crinolinas de estas, y como fué preciso ocupar hasta el último resquicio del carruaje, discurrieron poner uno de los bultos encima de mi sobrino Manuel, y á mí me acomodaron sobre las piernas la jaula del *lorito*, que se divertía en asomar la cabeza por la rejilla, acribillándome á picotazos.

Cinco rocinantes éticos hacian como que tiraban del coche, y el postillon suplía con votos y juramentos lo que faltaba á sus bestias de vigor y fuerza. Tuvimos que apearnos tres veces para subir ó bajar cuestras, y al fin, con mil trabajos, llegamos á Escuintla á las cinco de la tarde.

La casa que los botarates de mis sobrinos habian ajustado, no tenia en realidad mas que una pieza dividida por un tabique improvisado con unos *patates tules*. La mitad estaba vacía, la otra mitad contenía una enorme cama donde dormía la familia del propietario, sin distincion de sexos ni edades, (en cuenta la abuelita, que era paralítica) un san Antonio colosal, un cofre tan grande como el santo y otros muebles.

— Supongo que desocuparán esta parte de la pieza.
— No fué ese el trato, dijo el propietario, y ya ve su merced que no seria posible sacar la cama, la imágen, ni el baul, ni la tullida, ni...

— Pero ¿cómo se entiende? repliqué yo, ¿he de pagar doscientos pesos por ocupar la mitad de un mal cuarto?

— Trato es trato, señor, repuso el hombre; y si á su merced no le acomoda puede buscar otra, pagándome los daños y perjuicios.

Comenzaba yo á perder la paciencia, cuando intervinieron los badulaques de mis sobrinos y cortaron la dificultad, diciendo que tomase yo la parte desocupada de la pieza, que ellos dormirían en la enramada. Bien comprendí que eso equivalía á dejarlos en plena libertad para tomar el portante en cuanto me acostara; pero fué preciso pasar por todo.

El propietario, su mujer y sus hijos se acomodaron en la cocina, pero poco á poco fueron volviendo á invadir la casa, de modo que á los tres dias estaban todos otra vez instalados en la cama de la *nanita*.

Las gallinas, dos gallos, el gato y el chucho entraron tambien á completar aquella arca de Noé, y es excusado preguntar si dormiría yo una sola noche con semejante vecindario. En cuanto á mis sobrinos, decian que ellos dormían como unos príncipes y que no cian nada.

Por lo demás, en Dios y en conciencia, debo decir á usted, amigo mio, que maldito lo que me divertí en la temporada. Todo el mundo estaba metido en su rancho; los jóvenes jugaban juegos de prendas, y allá ellos sabrian la gracia que encontraban á esta ocupacion. Todo estaba carísimo, y gastaba yo como si estuviera en Londres, para comer mal.

Como no es fácil llevar uno desde esta ciudad cuanto necesita, Vd. considerará que el servicio era fatal; los muebles, apenas eran los indispensables para tener donde dormir, comer y sentarme. La mesa nos daba bajo la barba, y estaba acuñaada con pedazos de ladrillo, por lo desigual del piso de la enramada, que era, además de dormitorio de mis sobrinos, comedor y sala de recepcion.

El calor era sofocante, el aire circulaba por las calles impregnado de polvo y malos olores. No habia músicas ni serenatas; pero lo que es á mí no me faltaron ni una sola noche arias, duos, tercetos, cuartetos y coros, ejecutados por los animales racionales é irracionales de la inmediata habitacion.

Una noche tuve la inoportuna idea de ir á visitar á un amigo que vivía en un rancho de ese grupo inextricable que llaman el Tamarindo, y que debiera llamarse mejor el Laberinto. La oscuridad era profunda, y

como no tuve la precaucion de hacerme acompañar de un criado con un farol, me perdí entre aquella parte de la villa, donde se ha considerado que las calles son un lujo que está demás en las poblaciones.

Ya daba contra un cerco de *chichicaste*, ya caía en una zanja, ya me pasaba entre las piernas un corpulento cerdo que andaba haciendo la policía, ya tropezaba con un árbol, ya me acometían rabiosos los perros de las vecindades, hasta que llegué á uno de tantos ranchos, que estaba felizmente habitado por unas señoras. Les supliqué me indicasen por dónde debería yo tomar para llegar á mi posada; pero como no pude dar de esta mas señales, sino las de que era la casa de la tullida, del san Antonio y del baulon, no hubo modo de que atinaran con cuál era.

Pasé á otros dos ó tres ranchos, y al fin en uno de tantos encontre á los dos zaragates de mis sobrinos, en alegre reunion con otros jóvenes y señoritas que jugaban san Miguel. Al verme gritó Manuel, que hacia de diablo:

— A buen tiempo, tío, póngase Vd. á la cola.

— Para colas estoy yo, le contesté furioso. Ven á llevarme á casa, que estoy perdido, golpeado y *enchichicarlo*.

Salí de aquel dédalo y al fin llegué á mi rancho, donde me curé de la especie de hurticaria que me produjo el contacto con la hoja de aquella planta condenada; me acosté y al siguiente dia muy temprano, fui á tomar asiento en la diligencia, y sin decir oste ni moste á mis sobrinos, me vine á Guatemala, dejándolos que concluyesen solos la temporada.

No negaré que hay lindos paseos al rededor de Escuintla, que el baño es agradable, aunque tiene uno que tomarlo en un rio revuelto, (único de su clase donde no hay ganancia de pescadores) que la fruta es exquisita y que hay, en fin, otros atractivos en la temporada. Pero ¿compensan estos las molestias y las incomodidades que se sufren? Seguramente así deberá ser, cuando hay tantos que las sobrellevan y van á Escuintla, á pesar de ellas. En cuanto á mí, he jurado no volver, que para purgatorio, tengo bastante con el de todo el año.

Suyo afectísimo amigo. — Félix Bonachon.

Mis lectores dirán si aun rebajando de las especies referidas en la carta anterior un veinte y cinco por ciento, atendido que mi amigo tiene fama de ser algo exagerado, me quedarian ganas, despues de haberla recibido, de alistarme en el número de los temporadistas.

EL MÁRTES DE CARNAVAL EN LA PLAZA DE TOROS.

(Artículo que no hará reír á nadie.)

Un sabio ha dicho que la naturaleza *tiene horror al vacío*. Yo soy al revés de la naturaleza: aborrezco lo *demasiado lleno*. Jamás me siento tan profundamente triste, como cuando me encuentro en medio de una reunion muy numerosa y animada. Es fenómeno psicológico, cuya causa debe estar oculta en alguno de los rincones de mi individuo.

En un círculo íntimo y de confianza, vereis á Salomé Gil alegre y expansivo, dispuesto á reírse de las ridiculeces ajenas, hasta donde lo permitan la caridad y la buena crianza; y de las suyas mismas hasta donde lo consiente el amor propio. Colocad á ese mismo sugeto en una gran reunion de gentes, y le vereis taciturno, concentrado y distraído, con cara de filósofo ó de desgraciado, cosas que no suelen ser tan diferentes como lo parecen.

(Se continuará.)

El antiguo cementerio del Oeste.

El cementerio llamado del Oeste, y que correspondia á los 10°, 11° y 12° distritos de Paris, estaba situado cerca de la antigua barrera de Vaugirard, y tenia su entrada por la calle Mayor de Vaugirard, núm. 2.

En 1824 cesaron de enterrar en él, y desde aquella época siempre ha estado cerrado.

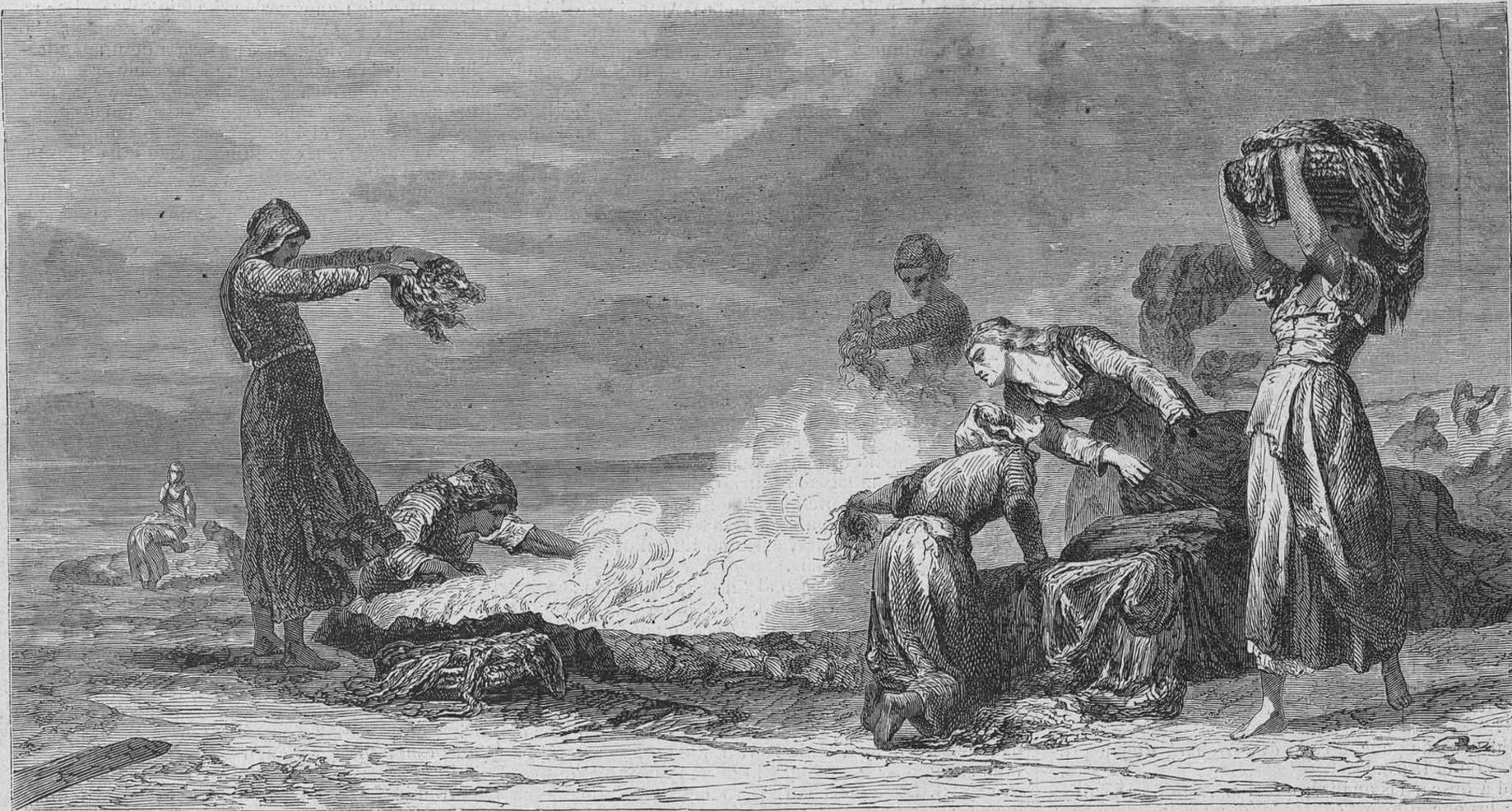
Entre las tumbas que casi todas ellas estaban cubiertas por la vegetacion, habia las de Montyon, Mlle Clairon, Laharpe, la dama Legros, coronada por la Academia francesa en 1784, porque devolvió á Latude la libertad. Los Rohan, los Montmorency, los Beauharnais, y finalmente, las principales familias del barrio de San German, tenían allí muchos de sus miembros.

En 1837, una diputacion del Teatro Francés fué al cementerio á exhumar los restos de Mlle Clairon para trasportarlos al Père Lachaise. Por el mismo tiempo, Laharpe y Montyon fueron exhumados igualmente por el Instituto y depositados, el primero en el Père Lachaise, y el segundo en el Hotel-Dieu.

Hace pocos años todos los huesos del cementerio fueron trasladados á las catacumbas, y desde entonces los árboles, las tumbas, los cadáveres, todo se ha quitado, y en la actualidad, nada existe del antiguo *cementerio del Oeste*, que en sus últimos tiempos se hallaba como se ve representado en nuestro dibujo.



PARIS. — El antiguo cementerio del Oeste.



EXPOSICION DE BELLAS ARTES. — *Mujeres quemando fuco*, cuadro por M. J. Clairin.

Bellas Artes.

EXPOSICION DE 1868.

CUADROS REPRODUCIDOS EN ESTE NÚMERO.

Mujeres quemando fuco, cuadro por M. J. Clairin. — En una playa de Bretaña se ven unas cuantas mujeres

ocupadas en quemar fuco. M. Clairin, que es aficionado á los tonos oscuros y á los matices vigorosos, ha dado á sus aldeanas el carácter de brujas que se entregan á algun sortilegio. El jóven artista no es dueño todavia de su pincel, pero se observa que va por buen camino.

La cancion en boga, cuadro por M. J. Worms. — El teatro representa un salon de Paris en la época del Di-

rectorio. Un cantante pretenciosamente vestido, Garat seguramente, canta una cancion sentimental en presencia de un elegante auditorio. Los *increibles* y las *maravillosas*, vestidos con aquellos trajes que tan bonitos parecian á Boilly, se extasian oyendo al cantante, ó continúan, sin escucharle, sus conversaciones. M. J. Worms ha comprendido la escena como si la hubiese visto, y ha sabido pintarla con gracia y delicadeza. S. T.



La cancion en boga, cuadro por M. J. Worms.

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMÁN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuación.)

La circunstancias no fueron propicias para la ejecución de su buen deseo. Por mucha prisa que se diera para llegar temprano al aposento del joven Rothsattel, encontró ya la habitación invadida por sus amigos. Eugenio con su bata estaba tendido en un sofá y varios oficiales le rodeaban. Apenas había entrado Antonio cuando llegó el físico.

— ¿Cómo os encontráis? preguntó este acercándose al enfermo.

— Bastante bien, contestó Eugenio; no necesito para nada vuestros detestables polvos.

— Teneis alguna calentura, continuó el doctor, la cabeza está cargada. Hace mucho calor aquí. Soy de opinión que se abra un poco la ventana.

— ¡Diablo! no lo intentéis, señor doctor, dijo un oficial que había formado una especie de banco con dos sillas. Ya sabéis que cuando no estoy de facción no puedo sufrir la corriente del aire.

— No abrais la ventana, dijo Eugenio; somos homeópatas y nos quitaremos un calor con otro. ¿Qué beberemos?

— Un poco de ponche es lo que os hará mejor provecho, dijo el físico.

— Id á buscar las ananas, querido Antonio, dijo Eugenio; las encontrareis con todo el aparato, ahí en ese lado.

— ¡Ah! exclamó el doctor cuando Antonio presentó la fruta, y el mozo subió un barrilito de vino; ¡qué goloso! Hé aquí una magnífica muestra de esa dulce fruta. Permitidme, señores, que yo os haga el ponche; es necesario que la bebida sea adecuada al estado del enfermo.

Metió la mano en el bolsillo, sacó un estuche negro y se puso á buscar en él un cuchillo para partir la fruta.

— ¡Mil cartuchos! ¿estais dado al diablo? ¿afuera esa cuchilla! gritaron á la vez todos los oficiales levantándose.

Las imprecaciones cayeron como lluvia de fuego sobre la cabeza del doctor.

— Señores, gritó este sin dejarse intimidar por aquel *tolle tolle* general, ¿hay alguno de vosotros que tenga un cuchillo? No lo busqueis; estoy seguro que ninguno lo tiene. Un espejo y un cepillo es todo lo que se encontrará en vuestros bolsillos. ¿Hay alguno entre estos señores que sepa hacer un *bol* de ponche para un hombre de valor y que conoce con quien trata? A buen seguro que saben beberlo, pero hacerlo ya es otra cosa.

— Yo probaré, dijo Bolling desde el rincón en que estaba sentado.

— ¡Ah! ¿estábais ahí, señor Bolling, dijo el doctor inclinándose.

Bolling cogió las ananas de manos del doctor, teniendo cuidado de ponerlas fuera del alcance del Esculapio y de su escalpelo.

— Venid, Antonio, dijo, y cuidad de que ese monstruo de doctor no se acerque aquí con su bisturí á la deliciosa bebida.

Mientras Antonio prestaba su ayuda á M. de Bolling, el doctor sacó de su bolsillo dos barajas y las puso solemnemente encima de la mesa.

— ¡Retirad vuestras cartas! Exclamó Eugenio. Estos reunidos á lo menos un día sin entregarnos al vicio.

— Eso os es imposible, dijo el doctor en tono burlon. Vos sereis el primero que las tendrá en la mano. Por otra parte yo no trataba mas que de un *wisth* pacífico con vuestras á derecha é izquierda, verdadero juego de piadosos ermitaños. Pero el tiempo nos dirá lo que hacéis con esas cartas. Entre tanto ahí las teneis al lado del candelero.

— No escuchéis al tentador, dijo uno de los oficiales riendo.

— El que primero tome las cartas, gritó otro, por via de castigo pagará un almuerzo.

— Aquí está el ponche, dijo Bolling colocando el *bol* sobre la mesa y llenando los vasos. Probadlo, sanguijuela, dijo al doctor.

— Está un poco áspero, dijo este chillando. Mañana por la noche se podrá beber.

Mientras discutían sobre el ponche, Eugenio tomó maquinalmente la baraja y formó con ella dos paquetes, que puso al lado uno de otro.

En seguida el doctor exclamó:

— ¡Mirad, ya le hemos cogido! El es quien pagará la multa.

Todos se echaron á reír y se apiñaron al rededor de la mesa.

— Doctor, vamos, llevad la banca, gritaron los oficiales echándole las cartas.

En seguida salieron de los bolsillos algunas otras barajas. El doctor puso sobre la mesa dinero y billetes. No se apuntaba alto, y las ganancias y pérdidas iban acom-

pañadas de pullas y chanzonetas. Antonio acabó por coger una carta y tomar friamente parte en el juego. Le costaba mucho trabajo terciar en la conversacion y miraba con profundo interés al joven Rothsattel inclinado con la mayor calma sobre los naipes.

Antonio ganó algunos escudos; pero observó con mucho disgusto que Eugenio se veía perseguido por la desgracia. Los ducados iban uno tras otro engrosando la caja del banquero. Antonio, interesándose algo por la pérdida que sufría su huésped, no le hizo ninguna advertencia sobre este particular; pero el doctor de motu proprio dijo á su enfermo, despues de haber ganado nuevamente algunos ducados:

— Os habeis sofocado, teneis calentura y lo mas prudente seria no jugar mas. Yo no he visto ningun enfermo con calentura que no haya perdido jugando al faraón.

— Eso no es de vuestra incumbencia, doctor, dijo Eugenio vivamente apuntando de nuevo.

— Estás de mala suerte, Eugenio, dijo el buen Bolling con dulzura. Te lanzas todavia demasiado.

Cuando el doctor hubo terminado su banca, tomó las cartas y las metió tranquilamente en el bolsillo.

— La banca ha ganado mucho, dijo, pero me retiro porque no es prudente abusar de la suerte.

Se trabó nueva disputa entre los oficiales.

— Yo llevaré la banca, exclamó Eugenio; prestadme vuestro capital, Wohlfart.

El doctor protestó, pero al fin cedió diciendo:

— Tal vez será mas afortunado como banquero; es necesario no impedir á nadie la ocasion de tomar la revancha.

Antonio sacó algunos billetes del bolsillo y los puso silenciosamente delante de Eugenio; pero por su parte no tomó una carta. Permaneció sentado mirando tristemente á su amigo, que con el rostro encendido por el ponche y la fiebre, tenia la vista fija en las cartas. Una tala sucedió á otra y Eugenio perdió nuevamente todo su capital. Los bonos del tesoro desaparecieron de la banca y era muy raro que saliera ninguna carta á su favor. Los oficiales se miraban atónitos.

— Yo á mi vez propongo que cese el juego, dijo Bolling; otro dia te daremos la revancha.

— Necesito desquitarme hoy, exclamó Eugenio, y se levantó con la cabeza ardiendo y cerró la puerta con llave. Nadie saldrá. Vamos, apuntad fuerte, aquí hay dinero; y puso gran cantidad de fichas encima de la mesa.

— Cada ficha vale un escudo de Francia; mañana pagaré. Nadie apuntará por mas de un escudo.

Las cartas reaparecieron sobre la mesa y el juego continuó. Antonio entre tanto se apoderaba del cucharón del ponche resuelto á no permitir que se llenaran nuevamente los vasos. Eugenio perdía siempre; las fichas desertaban en todas direcciones. Eugenio fué á buscar otro puñado y gritó fuera de sí:

— Al fin arreglaremos cuentas.

Bolling se levantó pateando.

— Tendré por un bribón al que intente salir, gritó Eugenio.

— Tú estás loco, respondió Bolling indignado. Es una cosa horrible despojar á un camarada como lo hacemos contigo esta noche. Nunca habia visto una cosa semejante Si Satanás pone mano en el juego, yo no quiero servirle de instrumento.

Se separó de la mesa y Antonio se puso á su lado, mirando los dos en silencio la locura con que el dinero pasaba de unas manos á otras.

— Yo tambien tengo bastante, dijo el doctor mostrando un puñado de fichas. Esta es una noche extraordinaria. Desde que he tomado naipes en la mano, jamás he visto una suerte mas decidida. Ya no hay con que hacer paroli.

Antonio se lanzó de nuevo hácia la tablilla donde se marcaban los tantos.

Bolling entonces la cogió, abrió la ventana y la tiró á la calle.

— Valé mas que esas clavijas del diablo quemem allá bajo un saco de paja que tu bolsillo.

Y al decir esto arrojó las cartas al suelo.

— Es necesario que cese este juego. Hace poco que nos has tratado como un sargento de cuartel del viejo Dessau (1), y ahora hago yo otro tanto contigo.

— Yo no recibo tus órdenes, dijo Eugenio irritado.

Bolling se ciñó el sable y llevó la mano á la empuñadura.

— Es necesario que hoy te sometás, dijo con seriedad, mañana te daré explicaciones delante de todo el regimiento. Vamos, señores, arreglad vuestras cuentas, es hora de retirarse.

Las fichas se colocaron encima de la mesa y el doctor contó.

Eugenio sacó con aire sombrío la cartera de su bolsillo y anotó lo que debía á cada cual. Toda la reunion, impresionada desagradablemente, se retiró despues del cambio de algunos saludos.

— Esto asciende á cerca de ochocientos escudos, dijo el doctor por el camino.

Bolling se encogió de hombros.

— Espero que encontrará dinero, pero no obstante hubiera deseado que hubiéseis guardado vuestras cartas en el bolsillo. Si se trasluce algo de lo ocurrido, Rothsattel no tendrá motivo de alegrarse, y todos hare-

(1) El feld-mariscal Dessau, organizador de la infantería prusiana, tan célebre en el siglo XVIII, era, como se sabe, excesivamente severo respecto á disciplina militar.

mos muy bien en guardar silencio sobre el particular. M. Wohlfart, os suplico que no digais una palabra.

Antonio volvió á su casa presa de una agitacion febril. Toda la noche, aunque impasible espectador, habia estado sobre carbones encendidos, y en su interior habia dirigido cargos crueles al pródigo jugador. Se echaba en cara el haberle prestado dinero, y sin embargo comprendia que hubiera sido imposible no acceder á su demanda.

Cuando al dia siguiente se disponia para ir á casa de Eugenio, se abrió la puerta y este entró en el aposento, contrariado, abatido y mortificado.

— La suerte me maltrató ayer noche de una manera inconcebible, exclamó. Me hallo en un terrible compromiso; tengo necesidad de poder disponer hoy de ochocientos escudos, y en este miserable rincón no conozco á nadie mas que vos á quien poder dirigirme. Sed razonable, Antonio, y haced que yo pueda encontrar dinero.

— Para mí no es cosa tampoco muy fácil, señor de Rothsattel, contestó Antonio con gravedad.

— Si vos no me ayudais, no sé realmente qué hacer. El coronel no admite excusas: soy perdido, si este asunto no se arregla hoy mismo.

En su confusion cogió la mano de Antonio y la estrechó vivamente.

Antonio miró el rostro demudado del hermano de Leonor, y abogando sus últimos escrúpulos, dijo:

— Tengo una pequeña suma depositada en la caja de la casa, que me pertenece. Teniendo que remitir fondos á M. Schreter, puedo darle al cajero un abonaré sobre mi depósito, y retener aquí la cantidad que necesitais.

— Sois mi salvador, contestó Eugenio libre de un gran peso: dentro de un mes á mas tardar os devolveré los ochocientos escudos, añadió, abrigando las mas lisonjeras esperanzas, y viendo á su disposicion los medios de liquidar su deuda.

Antonio fué á su bufete, y entregó al teniente los ochocientos escudos que le habia pedido. Formaban estos una gran parte de la suma que le quedaba de su herencia.

Cuando Eugenio se hubo metido en el bolsillo los billetes dando grandes muestras de agradecimiento, Antonio empezó á decirle:

— Permitidme ahora, señor de Rothsattel, que os comunique una cosa que toda la noche anterior me estuvo oprimiendo el corazón. Os ruego que no me acuseis de importuno, si no os oculto lo que debeis saber, y que sin embargo una persona extraña tiene pena en deber decíroslo.

— Si quereis hacer una disertacion moral, elegís muy mala ocasion, contestó el teniente con aire sombrío. Por otra parte, sé demasiado á mi pesar que he hecho una necesidad, y aguardo una buena reprimenda de mi padre; lo que tenga que sufrir que él me diga, no quiero oírlo de nadie mas.

— Me suponeis muy poco delicado, señor de Rothsattel, dijo Antonio vivamente afligido por el despecho del joven teniente. Ayer supe, por un conducto poco seguro en verdad, que, por las intrigas de infames especuladores, vuestro señor padre se ha visto arrastrado á azarosas empresas, y que su fortuna se halla amenazada, y hasta se me ha dicho el nombre de la persona que conspira contra él.

El teniente admirado, fijó la vista en la grave fisonomía de Antonio, y dijo al fin:

— ¡Diantre, me asustais! Pero no, eso no puede ser; mi padre jamás me ha dicho que el estado de sus negocios le mortificara.

— Tal vez ni él mismo conoce los planes y la maldad de los hombres que se sirven de su crédito para realizar sus proyectos.

— El señor barón de Rothsattel no es persona que se deje explotar por nadie, contestó el teniente con altivez y resolucion.

— Esto es lo mismo que yo pienso, repuso atentamente Antonio; sin embargo, os suplico que recordeis que las últimas grandes empresas del señor barón le han hecho entrar indispensablemente en relaciones con agentes astutos y nada escrupulosos, y el que me ha dado el aviso lo ha hecho evidentemente con buen fin. Ha enunciado la opinion, y temo que de ella participan muchos agentes de baja ralea, que vuestro señor padre se ve en peligro de perder sumas de alguna consideracion. Os invito á que vengais conmigo á casa del sugeto que me ha dado la noticia, y tal vez obtendremos de él otras explicaciones mas explícitas. Es el mismo agente que visteis ayer en mi casa.

El teniente estaba consternado, y sin decir una palabra tomó su gorra de cuartel, trasladándose los dos al mesón donde se hospedaba Tinkels.

— Lo mejor que se puede hacer es que vos preguntéis por él, dijo Antonio en el camino.

El oficial entró en la posada, preguntó á un criado, interrogó al posadero y luego á los huéspedes que encontró en la casa: todos le dijeron que Schemeie habia partido la víspera. Desde la posada se dirigieron á casa del gobernador de la plaza, y despues de muchas preguntas, acabaron por saber que Tinkels habia hecho visar su pasaporte para la frontera de Turquía.

El judío habia desaparecido bruscamente, y su partida dió mayor autoridad á su aviso. Cuanto mas hablaban nuestros dos jóvenes de las revelaciones de Tinkels, mayor era la turbacion del teniente, y mayor la incertidumbre sobre el partido que debia tomar. Finalmente, dijo con una profunda emocion:

— Mi padre segun eso se encuentra tal vez falto de

dinero. ¿Cómo le confesaré mi deuda? Su situación es para mí una desgracia. Wohlfart, sois un hombre honrado, pues á pesar de los malos informes que os ha dado ese judío, que ha tenido la habilidad de hacerse invisible, me habeis prestado dinero. Ahora es menester que vuestra bondad llegue á su colmo, dilatando el plazo del reintegro de la suma que me habeis adelantado.

— Me la devolvereis cuando os halleis en estado de hacerlo.

— Esto es proceder con hidalguía exclamó el teniente. Todavía espero de vos otra cosa. Escribid vos mismo á mi padre. Estais mejor enterado que yo de lo que os ha revelado ese loco, y en cuanto á mí, siento repugnancia en informarle de esas cosas.

— Pero vuestro padre ¿no creerá tener algun derecho para pensar que no es conveniente que un extraño se mezcle en sus negocios? contestó Antonio, intimidado por la idea de entrar en correspondencia con el padre de Leonor.

— Mi padre os conoce ya, dijo Eugenio en tono persuasivo, y recuerdo que mi hermana me ha hablado de vos. Decid que yo os he encargado que le escribais, y realmente vale mas que lo hagais así.

Al fin Antonio accedió á la demanda del joven militar. Se sentó en seguida al bufete para instruir al baron del aviso que habia recibido de Tinkels.

De esta manera fué como, estando en pais extranjero, entró nuevamente en relaciones con la familia del baron, relaciones que ejercieron gran influencia en su porvenir y sobre la existencia de los Rothsattel.

IV.

¡ Dichoso el pié que pone su planta en las vastas llanuras de su propiedad! ¡ Feliz la cabeza que sabe someter la fuerza que le da la fecunda naturaleza á una voluntad firme é inteligente! Todo lo que proporciona al hombre la energía, la salud y la bondad, todo ha sido concedido al cultivador. Su vida es una lucha constante, una victoria infinita. El aire fresco y puro del campo fortifica los músculos de su cuerpo; el orden establecido por la naturaleza en todos tiempos hace tambien seguir á sus pensamientos un curso regular. Es el sacerdote encargado de velar por la estabilidad, la disciplina y las costumbres, esas primeras virtudes del pueblo. Si otros ramos de la industria humana decaen y desaparecen, la actividad del cultivador es tan permanente como la existencia de la tierra; si otros trabajos aprisionan á los hombres en un reducido recinto, le hacen bajar á las entrañas de la tierra, ó bien le tienen encerrado entre las planchas de madera de un buque, la mirada del hombre del campo no tiene mas limite por encima de su cabeza que la bóveda azulada del cielo, y debajo de su planta un suelo duro que no cede. La alegría suprema de la creacion es su compañera, porque cualquiera cosa que demanda á la naturaleza, animal ó planta, todo lo ve crecer y desarrollarse alegremente bajo su mano. El habitante de la ciudad recrea tambien su corazón con la vista de los verdes sembrados y de las doradas espigas de los campos, de los rebaños que pacen y del potrillo que retoza, con la frondosidad de los bosques y las dulces emanaciones de los floridos prados. Pero el corazón del hombre rebosa de sentimientos mas fuertes, mas nobles y mas alegres, cuando atraviesa los campos diciendo: « Todo eso me pertenece, es el fruto de mi trabajo y de mi actividad. » No contempla con ociosa alegría las imágenes que la naturaleza le presenta. Cada mirada significa un deseo, cada impresion un proyecto, cada cosa tiene para él un destino; porque todo, desde el campo fértil y el rebaño hasta el hombre industrioso, todo produce algo nuevo para su voluntad, que es la del señor. El trabajo de cada dia es un contento, y con este acrecienta su fuerza. Esta es la vida feliz del hombre que cultiva por sí mismo su propiedad.

Y el poseor de un terreno en el que tres generaciones han tenido que luchar vigorosamente contra los groseros caprichos de una naturaleza inculta, es tres veces feliz. La reja del arado penetra en el suelo descuajado, frondosas y bellas plantas extienden sus hojas con espléndida magnificencia, en los tallos pardean grandes ombelas y vainas llenas de grano, y en el seno de la tierra la carnuda raiz se dilata llena de poderosa savia.

Viene luego la época en que la industria y el arte se establecen en las glebas de los campos. Entonces es cuando llegan á la granja las máquinas de elegante forma, la enorme caldera avanza coronada de flores, grandes ruedas armadas de innumerables dientes tornan dócilmente en un círculo trazado, largos tubos ocupan su lugar en las nuevas construcciones, y los motores de las máquinas funcionan dia y noche sin cesar.

¡ Oh, noble industria, sale de la tierra y aumenta á su vez la fecundidad de ella! Allí donde la tierra daba sus abundantes frutos á la fábrica, la reja del antiguo arado funciona fraternalmente al aire libre con la caldera de vapor que se encierra en los muros de la casa. Todo contribuye á porfía á hacer al propietario mas rico y mas inteligente. Mientras no cultivaba mas que cereales, los verdes pastos para los ganados y las plantas de redondos tubérculos, los precios del próximo mercado eran tal vez para él lo mas interesante del mundo, y si el aldeano le hacia la concurrencia, era esto su mayor pesar. Desde su reducida esfera miraba como desde una distancia infinita la actividad y el movimiento de las grandes ciudades, las variadas y múltiples relaciones creadas por las necesidades de los tiempos modernos.

Ahora se encuentra él mismo en el movimiento de la vida moderna, oye las opiniones sobre los productos extranjeros y observa tambien fuera de los limites de su campo el movimiento del espíritu humano.

Aprende á conocer las leyes de la vida y los pensamientos de sus semejantes; tiene otra escala para juzgar del mérito del hombre, ahora que tambien necesita de la multitud en el mercado y del gabinete de estudio del sabio. Liga los hilos de su existencia á la de gentes que siguen otra carrera distinta de la suya; los extraños se complacen en tenderle la mano y en unir á los suyos sus intereses.

Los círculos adonde le impelen estos se extienden mas de dia en dia y la influencia que ejerce sobre los demás es cada vez mayor.

Al lado del bracero, una nueva generacion de hombres laboriosos viene á aplicar al terreno todos los progresos de la ciencia y de la civilizacion. El cultivador puede ser justo con todos y útil á todos. Entonces el valor de su posesion aumenta de dia en dia, el atractivo de mayores beneficios hace abandonar al obstinado labriego la tranquilidad de sus antiguos hábitos.

El mal sendero que atraviesa los campos se convierte en calzada, la charca pantanosa se metamorfosea en canal. Por entre los campos de trigo pasan filas de carros cargados, en los sitios desiertos se elevan los rojos tejados de nuevas habitaciones, el cartero á quien no se veia aparecer antes mas que dos veces por semana con su gran bolsa de cuero, ahora se presenta cada dia con su caja llena de cartas y periódicos, y cuando se detiene en alguna casa nueva para llevar noticias de su pais á la jóven que ha venido á establecerse á este sitio con su marido, recibe con reconocimiento el vaso de leche que aquella le ofrece con alegre continente, y el cartero refiere presuroso cuán largo le parecia el camino en otro tiempo durante la estacion calorosa.

Entonces se despierta la codicia, manantial fecundo de todo progreso. El sañe se ocupa en coser nuevos ropajes, entre las chozas de los campesinos el tendero ó el vendedor por menor establece su tienda y pone en el aparador cidras, buenos paquetes de cigarras y seductores frascos con cartelas plateadas.

Los maestros se quejan de que no pueden atender á la educacion de tantos alumnos, por lo cual se establece una nueva escuela y tambien una clase de segunda enseñanza, en el armario de una espaciosa habitacion el maestro funda la primera biblioteca y el librero de la ciudad le entrega en depósito las obras modernas. De esta manera es como la existencia de un rico y poderoso agricultor llega á ser un motivo de prosperidad para las cercanías y para todo el pais.

Pero ¡ qué desgracia en el agricultor cuando el terreno pertenece á personas extrañas! está perdido sin remedio si su trabajo no basta para satisfacer las exigencias de un señor. La naturaleza no concede sus beneficios mas que al que es libre y dueño de sí mismo; se rebela cuando siente debilidad, precipitacion y pusilanimidad; ningun trabajo va acompañado de un éxito feliz, la amarilla flor del olivo y la blanquísima del lino se secan sin dar fruto.

El tizoncillo y añublo se adhieren al trigo, la patata desmirriada se muere. Todas las plantas habituadas por mucho tiempo á la obediencia saben castigar amargamente el mas pequeño descuido.

Entonces la visita que el dueño hace cada dia á su campo se convierte para él en una maldicion diaria. Cuando la alondra vuela por encima del centeno recuerda que el grano está ya vendido sin salir de la espiga; cuando los bueyes trasportan el trébol á las cuerdas, sabe ya que aquella carne pertenece á los acreedores, y debe abrigar la duda si el año siguiente podrá todavia aprovecharse de la fertilidad que debe producir en su terreno el abono que sus rebaños hayan esparcido en él.

Regresa á su granja triste y desesperado y llega á descuidar friamente los cuidados de la economia rural; procura huyendo librarse de los importunos pensamientos que le asedian y la desercion apresura su ruina. Lo que tal vez podria salvarle, la asiduidad en el trabajo, se le hace insoportable.

El agricultor que roído por deseos insensatos recurre al negro vapor para arrancar á la gleba de sus tierras una virtud que no poseen, es triplemente desgraciado y sufre el castigo de la mas terrible maldicion reservada á los mortales. No solo él mismo se debilita, sino que confunde en su abyeccion á muchos otros seres enlazados á su servicio y á su existencia.

En la rotacion que establece imprudentemente en derredor suyo, destruye lo que quedaba todavia sano en su granja; la fuerza de la tierra se gasta en estériles ensayos; sus atalajes se rompen arrastrando pesos enormes para la fábrica; sus honrados colonos se trasforman en miserables proletarios. Allí donde en otro tiempo una obediencia pasiva hacia producir á lo menos lo necesario, reina en el dia un espíritu pendenciero, la oposicion y el engaño.

El mismo propietario se ve arrastrado por un torbellino de negocios onerosos; como mugientes olas, las demandas le agobian; empeñado en una lucha desesperada, el naufrago procura su salvacion asiéndose sin reparo á cuanto cae bajo sus manos, y rendido por un combate infructuoso, se hunde en el abismo y desaparece.

En las tierras del baron, las semillas habian dado con frecuencia mejores sembrados que en las de sus veci-

nos, sus rebaños eran reputados en todo el pais como sanos é inmejorables; las malas cosechas, que aplastaban á otros, á él proporcionalmente le habian causado poco daño; ahora todo habia cambiado como si le hubieran echado una maldicion. Los ganados se vieron diezados por una epizootia pestilente.

El trigo tenia en los campos un aspecto magnifico, y cuando se habian batido las gavillas, el baron tuvo el sentimiento de ver que la cosecha era miserable. El producto era totalmente contrario á la considerable evaluacion que habia hecho de ella. En otro tiempo, hubiera soportado esto sin murmurar, hoy le ponía enfermo. La agricultura llegó hasta á serle odiosa y lo abandonó todo al cuidado del mayordomo. Todas sus esperanzas se fundaban entonces en la fábrica, y cuando atravesaba los campos no llevaba otro objeto que examinar las remolachas, cuyo cultivo habia devorado el año anterior todos los recursos de la propiedad.

Detrás de los árboles del parque se elevaban las construcciones de la nueva fábrica. Numerosas voces de hombres activos resonaban en derredor. Se estaba á punto de recibir y almacenar la primera recoleccion de remolachas.

Al dia siguiente debian comenzar los trabajos regulares de la fábrica. Todavía se oía en ella el martillo de los caldereros, el maquinista se ocupaba en preparar la gran prensa; las mujeres sacaban del interior canastos llenos de virutas y yesones, y limpiaban con trapos el sitio destinado á su trabajo.

El baron estaba delante del edificio, impaciente al oír todavia los martillazos y maldiciendo el largo retardo que habia sufrido la terminacion de la obra. Desde el dia siguiente una nueva era se abría ante sus ojos. Su fábrica era como un manantial inagotable de riquezas, y arrojaba lejos de sí sus antiguos cuidados; en pocos años reembolsaria las sumas que le habian sido anticipadas, y en seguida reuniria un capital.

Mientras se entregaba á estas reflexiones, vió sus caballos fatigados y el rostro receloso del anciano mayordomo, y una vaga inquietud se deslizó entre sus bellos ensueños como un gusano roedor. La suerte estaba echada, habia expuesto todo su capital para realizar sus proyectos; pesaban tantas obligaciones sobre su propiedad, que en este momento podia preguntarse á sí mismo, si le quedaba todavia algo de qué disponer.

Todo esto lo habia hecho para realizar el brillo de las armas de su familia con el endurecido jugo de los productos de sus tierras. ¡ Oh, baron, no te entregues á vanas ilusiones! Aun cuando poseas un cristal blanco, duro como el mármol, este no se halla al abrigo del viento ni de la tempestad: la lluvia lo destruye, el aire lo descompone, y todas las esperanzas que habrás fundado en él se desvanecerán como el humo.

En los últimos años se habia efectuado en el baron un gran cambio. Arrugas en su frente, pliegues en el rostro, cabellos grises al rededor de sus sienes, tales eran los primeros resultados de los constantes cuidados que le causaban el capital, la familia y el porvenir de su propiedad.

Su voz, en otro tiempo fuerte y sonora, salía de su pecho en sonidos agudos y roncacos, y una irritable aduetez se pintaba en su fisonomia. Durante algun tiempo habia tenido que luchar con dificultades de todo género.

La falta del dinero necesario para llevar á término una grande empresa y el disgusto que esto le causara, los habia experimentado en todo su horror. Ehrental hacia en la actualidad visitas periódicas al castillo. Cada semana habian comido sus caballos excelente heno en los pesebres de las caballerizas del baron; cada semana sacaba su cartera, tomaba notas, ó bien entregaba bonos sobre el tesoro.

Su mano, que en otro tiempo se aprestaba respetuosamente para abrir su bolsa, era hoy menos lista, y sus dedos soltaban los billetes con lentitud; su encorvada cabeza estaba erguida, y su humilde sonrisa se habia trasformado en frio saldo.

Atravesaba el patio de la granja con mirada desdeñosa, y en lugar de ardientes alabanzas, salía de sus labios mas de una mortificadora crítica. Esto consistía en que el respetuoso agente habia llegado á ser un severo acreedor, y el baron soportaba con una repugnancia siempre creciente las pretensiones de un hombre del cual no podia prescindir.

No era solo Ehrental, tambien otras personas extrañas se presentaban á llamar á la puerta de su gabinete y á tratar mano á mano con el baron. La ancha cara del macizo Pinkus salía cada tres meses del meson de la ciudad para subir al castillo, y cuantas veces sentaba su pesada planta en las losas del vestíbulo, llevaba tras sí á aquella morada la pena y el disgusto.

Ehrental habia aparecido regularmente todas las semanas en el castillo. Ahora, en el momento mas crítico, nadie sabia decir qué habia sido del agente de negocios. Se decia en la ciudad que estaba viajando; el baron escuchaba con la mayor inquietud el ruido que hacia cualquier coche, esperando que alguno de ellos conduciria al recalcitrante, al hombre odioso que habia llegado á serle indispensable.

Leonor, con desarrollo completo y estatura elevada, estaba en el dia en el apogeo de su belleza. Su mirada, en la que se pintaba la meditacion, indicaba que tambien habia llegado para ella la época en que empezara á ver la vida por su lado grave. Esto era lo que expresaba la inquietud de sus ojos al fijarlos en el baron cuando entró en el gabinete de su padre.

— El cartero acaba de traer las cartas, dijo entregando al baron un paquete de estas y periódicos. Apuesto á que en ese paquete no hay ninguna carta de Eugenio.

—Tu hermano tiene otra cosa á que atender antes que entretenerse en escribir cartas, contestó el baron, mientras buscaba con avidez, entre las que habia recibido, alguna carta de su hijo.

De pronto sus ojos se fijaron en una escrita por mano desconocida, que tenia el sello de la ciudad en que habia entrado el regimiento de Eugenio. Esta carta era la de Antonio. El baron la abrió precipitadamente. Cuando en el estilo respetuoso reconoció la buena intencion con que habia sido escrita y leyó el nombre de Itzig, la metió con presteza en el bolsillo de su levita.

(Se continuará.)

LORD BROUGHAM.

Aunque al dar noticia del fallecimiento de lord Brougham indicamos ya á grandes rasgos los hechos mas notables de su vida, hoy que publicamos su retrato, vamos á completar aquellos informes cual lo merece el hombre que ha figurado tanto en la historia de Inglaterra durante la primera mitad del siglo.

Lord Brougham que, como saben nuestros lectores, ha fallecido en Cannes á la edad de noventa años, era segundo sobrino del historiador Robertson, y el hijo primogénito de un hacendado del Westmoreland, cuya familia tenia su origen en el tiempo de la conquista. Empero á estos títulos de antigüedad, Enrique Brougham debia muy luego añadir otros mas brillantes, y sobre todo mas útiles para su país.

Dotado de claro entendimiento acompañado de una actividad incansable, supo conquistarse, siendo muy joven, un primer puesto entre los hombres mas eminentes de su época. A los diez y ocho años, escribió unas *Memorias* que se insertaron en las *Transacciones* de la Real Sociedad de Londres, y á los veinte era ya miembro de esta Sociedad; pero sus excursiones en el dominio de la ciencia no le impedían ocuparse con ardor en las cosas del foro, que debia conducirle á la tribuna de la Cámara de las comunes, y hacer de él uno de los principales oradores de la Gran Bretaña.

Esta universalidad de talentos y de aptitudes constituye en efecto uno de los rasgos distintivos de la carrera de lord Brougham. Literatura, ciencia, filosofía, economía política, legislación, organizacion social, política colonial, todo le atraía, todo le ocupaba, todo le inspiraba el pensamiento de presentarse á combatir en la arena. Escribía y hablaba el inglés, el alemán, el latín, el francés y el italiano, y sus obras se multiplicaban con una fecundidad verdaderamente extraordinaria.

De las *Transacciones* pasaba á la *Revista de Edimburgo*, del foro al *meeting*, con una facilidad increíble, y sin perder jamás aquella punta sarcástica que daba á todas sus obras tan poderoso atractivo. Cuéntase que un día dió una vuelta de ciento veinte millas para asistir á ocho meetings, y al otro día de tan laboriosa pe-

reginacion, el valeroso atleta estaba en pié para ejercer su profesion de abogado ante el tribunal de assises de York.

Sus trabajos parlamentarios fueron tan variados como sus obras de publicista. No hay cuestion importante en la política inglesa que no inspirase la elocuencia del fogoso orador, y si nos preguntamos cuál fué el carácter de la lucha que con tanta obstinacion sostuvo Enrique Brougham, forzoso es reconocer que en todo y por todo la reforma fué el objeto supremo de su política. Puede

y la dignidad de par hereditaria. Aquí está al apogeo de su carrera, y aquí resumiremos la obra capital de su vida.

Tres grandes reformas recibieron del noble lord un impulso decisivo, la abolicion del tráfico de negros, la reforma judicial y el desarrollo de la instruccion popular, tres hechos que eternamente darán testimonio en favor de la memoria del gran combatiente, que consideraba como un revolucionario la Cámara de los lores.

Teniendo en cuenta unas obras tan considerables, se pregunta uno cómo la popularidad de lord Brougham ha podido acabarse en Inglaterra para dejar al ex-canciller en un aislamiento casi completo. Dos causas explican este abandono que se ha calificado de ingratitude.

Preciso es confesar que lord Brougham no manifestó hasta el fin de su carrera esa unidad de línea de conducta que hace al hombre justo y fuerte en política, *Justum ac tenacem*. Publicó un libelo plagado de ignominiosas mentiras contra los hombres de la revolucion de febrero, y demostró tal violencia en sus criticas, que no podia menos de enajenarle las simpatías de que antes disfrutaba. El rasgo siguiente prueba hasta dónde llevaba el abuso del ataque personal. Un dia en la Cámara de los lores se atrevió á decir mirando fijamente á los duques de Wellington y de Cumberland: «Empléase á veces el epíteto de ilustre en un sentido convencional que no implica ningun mérito verdadero. Por ejemplo, el duque de Cumberland es ilustre por *concesion graciosa*, y el duque de Wellington por su carácter y sus servicios.»

En su juventud habia criticado tambien violentamente el primer tomo de las poesías de lord Byron, titulado: *Horas de pereza*, lo cual le costó muy caro, pues su artículo, que se insertó en la *Revista de Edimburgo*, provocó por parte del poeta una réplica virulenta con este titulo: *Los Bardos ingleses y los criticos escoceses*. Sus contemporáneos mas ilustres han sido blanco constante de sus criticas. Chateaubriand, á quien combatió sin ningun miramiento, le dijo:

—Milor, mucho cerebro que no me hagais pagar á mí vuestros antiguos discursos.

Hacia ya largo tiempo que lord Brougham se habia resignado á la soledad, y la política militante no le contaba ya entre sus miembros. Todos los inviernos los pasaba en Cannes, ciudad que era su patria adoptiva, y á la entrada de la casa que habitaba habia escrito:

Inveni portum; spes et fortuna valet;
Sat me lusistis; ludite nunc alios.

Despues de la Inglaterra, la Francia fué siempre en efecto el país de predileccion de lord Brougham. En 1848 quiso naturalizarse francés. La ciudad de Cannes le ha hecho pomposas exequias, lo cual era justísimo, pues á lord Brougham debe su actual esplendor.

E. C.



Lord Brougham.

decirse de Inglaterra lo que M. Dupin decia de Francia, á saber: «No hay mas que dos partidos, el que quiere volver atrás y el que quiere marchar adelante.» Lord Brougham estaba á la cabeza de los que querian marchar adelante.

El reformador defendió sucesivamente la abolicion de la pena del látigo, la emancipacion de los católicos, la reforma parlamentaria, la reforma colonial, la reduccion del ejército, la emancipacion del pueblo mediante la instruccion, la abolicion de los abusos en la administracion de justicia.

Despues de haber sido el primero en el ataque, debia hallarse el primero tambien entre los vencedores. Cuando los whigs entraron en el poder en 1830, aceptó el cargo de canciller de Inglaterra con el titulo de baron